

BENJAMÍN VICUÑA MACKENNA

EL ALMIRANTE DON
MANUEL BLANCO ENCALADA

Ediciones de la
REVISTA CHILENA
MCMXVII

BIBLIOTECA NACIONAL
SECCION CHILENA

BIBLIOTECA NACIONAL
SECCION CONTROL

A JUAN WILLIAMS REBOLLEDO

CAPTOR DE "LA VIRGEN DE COVADONGA"

I

Un día de gran luto llegó para los chilenos el 5 de septiembre de 1876.

El teniente general de nuestro ejército y vicealmirante de nuestra Armada, don Manuel Blanco Encalada, expiró a las tres de la tarde de ese día, precursor de la conmemoración de las glorias de la patria, después de una hermosa vida que contó ochenta y seis años, cuatro meses y catorce días. ¡Casi un siglo de gloria!

Y sin embargo, esta muerte nos tomó a to-

dos cual una sorpresa, porque nos habíamos acostumbrado a ver, como un emblema de eterna juventud, aquella cabeza siempre erguida, aquella mirada viva y ardiente, aquel paso ágil, aquella voz sonora que hasta en sus postreros ecos tenía el timbre de la entereza, de la voluntad, de la fascinación, como si su acento hubiese sido una vibración perenne de su alma. No hacía muchos días que ese glorioso soldado de tres cuartos de siglo, había dicho a una amiga de su intimidad:—*Me he de morir, hija, como todos; pero lo que aseguro es que no me he de morir de viejo...* Y cuando en este rápido bosquejo contemos, más adelante, su última hora, se sabrá que el general Blanco cumplió esta vez, como siempre, su palabra.

II

El almirante Blanco es, sin disputa, una de las más grandes figuras americanas del presente siglo.

Fué en las visicitudes de su vida todo lo que un ciudadano podía alcanzar de sus tiempos. Fué general de tierra con una graduación creada exclusivamente para él y que ya no existe en la carrera militar de la República; tuvo en la mar el primer puesto; fué senador, magistrado civil y local; general en jefe en cinco o seis ocasiones de su vida, ligada íntimamente a la de la Nación; ocupó, por último, la Presidencia de la República, y tuvo todavía otro honor mayor que ese,—el de renunciarla.

Pero en esa carrera tan alta y tan feliz, hay algo que sobresale por encima de todas las seducciones de la deslumbradora pompa y atrae con irresistible predilección y simpatía los corazones y los juicios de los hombres: ese algo es el heroísmo. El general Blanco ha sido todo lo que han podido ser otros; pero pocos han sido lo que él fué. Fué héroe.

A esa luz y bajo ese prestigio, vamos a recorrer en unas pocas horas de la noche, esa

existencia querida, cuyos resplandores, no apagados todavía, guiarán los atributos a que confiamos siempre, como a dos fieles compañeros, este género de empresas de la pluma: —el amor y la memoria.

III

Una de las condiciones excepcionales de esa naturaleza rica y expansiva—secreto de su universal popularidad—era también algo que no es propio de nuestro clima de dulce monotonía, de nuestra tierra succulenta de rulo y migajón, de nuestra raza sesuda y vigorosa, pero inerte. Esa condición es el entusiasmo—llama de fuego que quema la taza de bronce en que se agita el pábulo, pero que de lejos es luz que fascina y guía.

Hemos dicho que el general Blanco fué, antes que todo, en su vida pública, una encarnación heroica. Pero si lo fué, debiólo sólo a ese arranque constante de su naturaleza, ge-

nerador de las cosas más grandes y más bellas que levanta el hombre bajo su planta,—el entusiasmo,—que es sólo el candente vapor de la fe, alma del alma. Su carrera está llena de esos arranques y de sus comprobaciones.

Su fuga de Montevideo para incorporarse en el ejército patriota de 1812, es un rapto de heroísmo. Jugó su cabeza en el galope de un caballo.

Cuando investido de una gran responsabilidad, despliega las velas de su capitana, jefe de escuadra a los 28 años, y promete al Gobierno que honra su juventud, enviarle la espada del general que va a combatir, y lo cumple, es dos veces heroico.

Cuando llegó Cochrane, y declinó el mando ante el extranjero a sueldo, después de su gloria y su conquista, es cuando ese heroísmo llega hasta la grandeza de alma.

Acepta después con ánimo entero todas las grandes o pequeñas misiones del deber, sin discernir entre venturas ni peligros. Acepta

ser general en jefe del ejército chileno, bajo Bolívar; almirante de la Escuadra, bajo Freire; comandante en jefe de la expedición al Perú, bajo Portales; simple combatiente en las calles de Valparaíso, bajo Montt.

Pero si bien todo eso era fácil y corriente en la juventud animosa y en la enérgica virilidad, ¿acaso lo declinó en la vejez egoísta y achacosa?

Vamos a ver que nó.

Levantóse en Chile un grito de rechazo contra la España y sus pretensiones en 1865. Blanco Encalada ha pasado ya mucho más allá de los límites de la vejez en nuestro clima; pero al instante, espontáneamente, pónese a la cabeza de ese movimiento y preside todas las deliberaciones patrióticas de la juventud y del pueblo. Tenía a la sazón setenta y cinco años y no excusaba ningún trabajo.

Nombra el Congreso y el Gobierno en 1868, una comisión de honor para repatriar las cenizas del ilustre O'Higgins. Figuraron en esa

comisión senadores, diputados, hombres en la flor de la edad y en la flor de la fortuna. Pero todos rehusan, y sólo el viejo marino ase otra vez con mano firme el timón de la gratitud y de la gloria; y va a traer los restos venerados de su antiguo jefe. Blanco Encalada tenía entonces setenta y ocho años, como Andrea Doria.

¿Y su campaña de Chiloé en el corazón del invierno? ¿Y su reto final a Méndez Núñez? Y su muerte misma, tranquila, resignada, valerosa hasta en sus más mínimos detalles, ¿no son esas otras tantas pruebas de que en aquel pecho había encontrado nido y pábulo el fuego generoso que alienta el espíritu de los seres superiores, de los filántropos, de los mártires, de los héroes?

No se eche tampoco en olvido una circunstancia física muy digna de tomarse en cuenta al aquilatar los actos morales de un individuo. El general Blanco luchó la mitad de su vida con una extinción completa del órgano del

oído, lo que equivalía a la supresión de la mitad de los elementos de acción, de impulso y de asimilación de que dispone el hombre. Los ciegos son cadáveres que hablan; pero los sordos, son hombres enterrados vivos.

Examinada la vida pública del almirante Blanco bajo esos diversos prismas, es, a todas luces, un héroe americano; y en ese sendero y bajo esa luz, vamos a seguirlo por unos breves instantes.

IV

El general don Manuel Blanco Encalada nació en Buenos Aires el 21 de Abril de 1790.

Fué su padre el oidor Blanco Cicerón, gallego de nacimiento, pero que ejerció con brillo y con provecho la magistratura, primero en Chile, donde fué fiscal, después en Lima, más tarde en La Paz, y por último, en Buenos Aires, donde falleció dejando a su último hijo en la cuna, nacido de siete meses. ¡Coinciden-

cia singular! Ese hijo de un oidor español de cuatro reinos, fué el soldado y el libertador de esas mismas cuatro repúblicas, porque Blanco Encalada militó en el Plata, en Chile, en el Perú y en Bolivia.

Sin embargo de esto, ese mismo cosmopolitismo hizo sombra a la carrera esencialmente chilena del hijo casual del Plata. El general lo conocía, y siempre que relataba ciertas amarguras de su vida, como su renuncia de la Presidencia o el fracaso de Paucarpata, solía exclamar con ironía:—*Mi mayor defecto no es mi sordera, sino no haber sido bautizado en la Catedral de Santiago.* En esta sola frase, el general Blanco probaba que conocía bien a los chilenos y, particularmente, a los santiaguinos, estos castellanos viejos de la Nueva Extremadura.

Su madre era una noble matrona chilena, hermana del patricio don Martín Encalada, mujer de grandes dotes morales, y que llevaba además su moño tan alto como el *copete* re-

glamentario del oidor, su esposo. En la exposición que se llamó del *Coloniaje*, en 1873, se mostraron las blondas de oro con que doña Mercedes Encalada asistió en La Paz a la jura de Carlos IV y también la colcha de seda carmesí que cubrió la cuna de su último hijo.

V

Blanco Encalada nació, por lo que dejamos contado, noble y aristócrata; pero nació también *criollo*, es decir, con el virus de esa democracia activa y poderosa que ha cubierto de repúblicas el suelo americano, en odio de un trono extranjero y rapaz. Blanco fué siempre aristócrata de maneras, de fisonomía, de traje, de todas las exterioridades que forman el concepto vulgar del hombre. Pero, en el fondo de su naturaleza, amaba la República por convencimiento, como había amado la independencia por instinto.

Blanco Encalada hizo sus primeras letras

en la escuela de un maestro llamado Argerich. Pero cuando cumplió doce años, su madre, que tenía algún caudal y mucha discreción, lo envió a España al lado de uno de sus tíos, opulento y de influjo, el conde de Villa Palma, don Manuel Calvo Encalada.

Hizo este viaje en 1803 en compañía de dos notabilidades americanas: del oidor Mata Linares, que pasaba a la Península de Consejero de Indias, y del oidor Lastarria, abuelo del conocido publicista chileno que iba a desempeñar un cargo en la Real Audiencia de Sevilla.

El general Blanco recordaba, en sus últimos años, con infantil placer, las incidencias de ese viaje. El barco se llamaba el *Infante don Francisco de Paula*, su capitán don Juan Donestebes; el punto de arribada fué la Coruña y la posada, la casa de aquel valeroso almirante Bustamante que, poco más tarde (1804), defendió contra los ingleses las *cuatro fragatas de Cádiz*.

VI

Las relaciones de su tío y los servicios de su padre, le abrieron las puertas del Seminario de Nobles, de Madrid, donde tuvo por discípulo y amigo de intimidad al ilustre soldado y poeta, autor del *Moro expósito*, don Angel de Saavedra, más tarde duque de Rivas. Esa amistad fué guardada durante medio siglo. Según su hermano primogénito, don Ventura Blanco Encalada, que dejó un apunte de la vida del almirante, fueron sus maestros en matemáticas los célebres profesores Vallejos y Antillón.

Aficionado desde su viaje de Buenos Aires a la Coruña, a las cosas del mar, cuando hubo concluído su preparación clásica en Madrid, pasó Blanco a la Academia de marinos, de la isla de León, y luego, con motivo del bloqueo que pusieron a Cádiz los franceses en 1808, entró al servicio activo. Cuando Ruiz de Apo-

daca se apoderó de la flota del almirante Rosilly, en esa ocasión (marzo de 1808), era el adolescente marino segundo en un buque sutil llamado la *Carmen*, que mandaba un teniente. El joven aprendiz, como segundo, tenía el cargo de un mortero con que defendía la puerta que en Cádiz se llama todavía de «Sevilla» cerca del arsenal de la Carraca. Aquel mortero fué el primer maestro que el joven Blanco tuvo en el arma de artillería.

VII

Las influencias de familia empujaban al recién fogueado guardiamarina a las dulzuras de la vida de América, y así el favor del tío dió lugar a que le destinaran al apostadero del Callao, al lado del virrey Abascal y del oidor Zerdán, casado (como otros dos oidores) con dama de la familia Encalada.

Hizo este viaje, por la vía de Buenos Aires, en la *Flora*, fragata muy velera, su capitán

don Fermín de Ezterripa. Atravesó las pampas y las cordilleras. Visitó a sus parientes, hijos del oidor Plata (casado también con una Encalada en Santiágo), y pasó a Lima, donde, niño aturcido y entusiasta por los hábitos criollos, corriendo un día a caballo con uno de sus primos Zerdán, llamado Ambrosio, le vió caer muerto, reventado por la bestia que montaba.

En Valparaíso — aldea miserable en esos años y teatro después de sus mejores glorias civiles—tuvo también un encuentro singular. Su bisabuelo, el primer conde de Villa Palma, don Diego Encalada, había mantenido en 1724 feudos terribles con el primer marqués de Cañada Hermosa, y ahora yacía en aquella bahía la corbeta *Astrea*, cuyo segundo era el biznieto del último, don Eugenio Cortés y Azúa, amigo y camarada desde entonces del joven Blanco.

VIII

Había éste recibido, a su paso por Buenos Aires, sus despachos de alférez de fragata como ascenso por su conducta en Cádiz, y en esta calidad, que no era de poca monta en la marina española, sirvió durante tres años, en el apostadero del Callao, a las órdenes de su primo hermano el brigadier de ingenieros don Joaquín Molina, comandante general de marina.

Por esta época había llegado hasta Lima el clarín de la revolución que había estallado simultáneamente en Buenos Aires, en Chile y en toda la América. Sabedor el receloso Abascal de la actitud de los parientes del joven Blanco en el Plata y especialmente en Chile, donde su tío don Martín Calvo de Encalada era caudillo revolucionario, fingió una comisión y envió al joven criollo por la segunda vez a Es-

pañá, para libertarlo de un contagio que debería ser irresistible.

IX

Esta vuelta a la Península no era ya un viaje, era un destierro. Así es que al cabo de dos años, moviendo influjos, consiguió el joven americano con el regente Villavicencio, ser enviado a la plaza de Montevideo, embarcado como oficial de marina en la corbeta de guerra *Paloma*, que venía a reforzar al taimado Elio, amenazado por los patriotas de Buenos Aires.

El jefe de aquel apostadero—un marino llamado Sierra—quiso probar desde temprano el americanismo del joven alférez recién llegado, y en dos ocasiones le ordenó excursiones hostiles contra las balizas de Buenos Aires. Pero en ambas rehusó Blanco, alegando sus relaciones de familia en aquel pueblo. Las

sospechas renacieron y quedó acordado su tercer viaje a España.

X

Súpolo, empero, en tiempo el despierto marino, y protegido por ciertas altas damas de Montevideo, huyó de la ciudad por el campo en dirección a Buenos Aires.

Fueron aquellos buenos ángeles de la guía doña Margarita Viana, hermana o esposa del general que mandaba las tropas argentinas, y una niña llamada *Pepita* Uribe, que debía ser hermosa por su nombre y porque en aquellos años todas las «pepitas» germinaron en flores para la patria. Sabido es que la bella Pepa Morgado fué una de las más grandes fascinaciones del ejército argentino en Santiago, entre Chacabuco y Maipú.

Ayudóle también en aquella aventura su amigo y compañero el marino Cortés, expulsado a su vez por sospechoso del Pacífico, y

que luego logró fugarse en dirección a México, donde llegó a ser almirante y edecán del emperador Iturbide.

Aquella escapada fué un rasgo de heroísmo juvenil. El interés y la carrera del alférez Blanco estaban bajo la bandera de España. Pero su corazón lo arrastró, y sin más que una camisa en el bolsillo, salió del recinto de la ciudad fingiendo un paseo, a mediados de 1812. Cuando apenas se alejaba del pueblo, encontró a un hijo del virrey Sobremonte, que con candorosa cortesía, le recordó que ya iban a cerrar el portón de la ciudad...

Durante dos o tres semanas vagó el esforzado desertor por ríos, bosques y pantanos. Pasó el Paraguay y el Uruguay a nado, y después de galopar ochenta leguas, escondiéndose de día en las espesuras, llegó a la capilla de Mercedes, donde encontró acampado el ejército de Buenos Aires, a las órdenes de Viana, Soler y otros generales. El último lo condujo a Santa Fe y de allí a Buenos Ai-

res, donde, mediante la oficiosidad de un comerciante inglés, más tarde muy conocido en Chile—don Jorge Cood,—pudo recibir su equipaje que había dejado abandonado en Montevideo.

XI

Hemos dicho que el jefe de la familia patricia de los Encalada era el famoso don Martín, tan conocido por su orgullo y su firmeza en la primera época de nuestra revolución. Su sobrino, por lo tanto, no podía tardar en venir a buscarle. Ya desde 1811 don Martín le había hecho nombrar capitán de artillería por el gobierno patriota, y éste se cree fué el motivo principal por qué Abascal le envió a España en aquel año.

En Febrero de 1813, Blanco se puso de nuevo en marcha para Chile en compañía de un viajero francés cuyo nombre no recordamos, y llegó a los suburbios de Santiago en los últimos días de Marzo.

Habíase hospedado en la Cañadilla, en la quinta que es hoy de la familia Sánchez, y ahí estaba reposándose de las fatigas de las cordilleras, cuando llegó la noticia del desembarco de Pareja en Talcahuano.

El capitán de artillería de 1811 no podía haber llegado más a tiempo: era el momento en que se encendía el primer lanzafuego.

XII

Blanco tomó en el acto las armas, y por sus servicios, su bizarría y sus influjos, era ya teniente coronel en Marzo de 1814. Como su tío y todos los viejos *pelucones* de Santiago, el joven marino se había pronunciado contra los Carreras.

De modo que cuando cayeron éstos fué aquel uno de los más exaltados y activos organizadores de las fuerzas improvisadas para resistirlos y dominar al propio tiempo la pre-

ponderancia adquirida por los realistas a la sombra de aquellas fatales disensiones.

Por lo mismo, el gobierno de la capital confió al joven Blanco—general de 24 años—el mando de una división de huasos y de reclutas que salió a reconquistar a Talca en Marzo de 1814. Después de Blanco, mandaba la división el canónigo don Casimiro Albano, que se creía capaz de tomar aquella ciudad tan sólo por haber nacido en ella.

El desenlace de la expedición correspondió a su peregrina organización y a la inexperiencia de su jefe. Al pasar el Lontué un guerrillero realista, famoso ya desde entonces y que San Martín hizo fusilar más tarde en el campo de batalla de Maipú—don Angel Calvo,—se valió de una estrategia que revelaba en él las mejores dotes de un soldado.

Conociendo la educación, el nacimiento y el carácter puntilloso del improvisado general chileno, mandóle un cartel de desafío para pelear en línea de batalla, Blanco con su gen-

te y él con la suya. Aquel tuvo la bisoñada de aceptar. Formó, en consecuencia, su línea de combate en el llano de Quechereguas, y así se mantuvo todo el día esperando a Calvo; pero éste había querido únicamente contar las fuerzas que venían de Santiago contra Talca, lo que hizo a mansalva y fila por fila.

Desde este momento la expedición estaba perdida, porque Elorreaga pasó el Maule en auxilio de la ciudad amenazada, y cuando los patriotas la atacaron, desbandáronse entre dos fuegos.

De regreso el comandante Blanco a la capital, solicitó en el acto la reunión de un consejo de guerra; pero los unánimes informes que sobre su bizarría personal dieron todos los derrotados, hicieron innecesaria aquella investigación. Para haber quitado con justicia sus charreteras al joven teniente coronel, habría sido preciso reducir a sacristán al capellán castrense Albano, alma, consejo y pérdida de aquella fuerza.

XIII

Con todo, el comandante Blanco cayó en cierta desgracia, y no viene a tenerse ya noticia de él sino cuando, emigrado después de Rancagua, es apresado por una partida realista en Santa Rosa de los Andes y conducido a la presencia de Ossorio. Enfurecido éste, porque conocía desde Lima la historia de su fuga de Montevideo, lo hizo despojar con ignominia de sus insignias y aun le amenazó con fusilarlo allí mismo como desertor. Mas, como Ossorio era hombre de buena alma, se apiadó de su juventud y lo hizo sentenciar por un consejo de guerra a cinco años de destierro en el peñón de Juan Fernández.

Los oficiales de Talavera, Villalta y Butrón, camaradas de Blanco en España y masones, sin duda, como el último, influyeron en esta resolución del tribunal militar.

A su paso por Ocoa, camino del destierro,

el héroe encontró una heroína: fué ésta la señora feudataria de aquella estancia doña Mónica Larraín de Echeverría, que acababa de salvar a su hijo contra su escolta de cautivo, y que no pudiendo salvar al joven marino, le socorrió de dinero, de ropa y de algo que valía más que eso,—de esperanzas sublimes en la patria y su redención.

El general Blanco jamás olvidó, ni en su ancianidad, aquella heroica hospitalidad de pocas horas.

Llegado a la romántica isla del Pacífico, convertida por los odios humanos en triste presidio, purgó allí el generoso capitán chileno, durante dos años y medio, su ya acendrado patriotismo. Era el más joven de sus venerables compañeros de cautiverio; pero, por lo mismo, era el que sufría más intensamente su prolongada soledad. Tuvo, sin embargo, la suerte de ser para todos aquellos mártires, el mensajero de la redención, porque fué él quien, como marino, descubrió desde un mon-

te la bandera argentina, la bandera de Chacabuco, que en Marzo de 1817 fué a redimirlos.

XIV

Devuelto a la patria libre, Blanco entró en el acto en campaña, y su primer despacho lleva la fecha del 1.º de Julio de 1817. Debe notarse que se incorporó en el ejército chileno en calidad de sargento mayor de artillería, y no en el argentino.

Al mando de las doce piezas de su batería, ocupaba y protegía, en consecuencia, el ala derecha del *Ejército unido* en la fatal formación de Cancha Rayada el 17 de Marzo de 1818; y ocurrió la circunstancia de que en el ataque de las caballerías esa tarde, había quemado todos sus cartuchos y no le habían servido repuesto. Sin embargo, en el furioso asalto de aquella noche, tuvo el bizarro jefe la calma y la gloria de salvar intacta sus piezas,

mientras que la artillería argentina cayó entera en manos de Ordóñez.

En Cancha Rayada hubo un héroe en el combate y dos en la retirada. Aquel fué O'Higgins, que no se apartó del campo sino con un brazo destrozado por las balas. Los últimos fueron Las Heras, que salvó toda el ala derecha del ejército, y Blanco, que salvó el baluarte de esa columna,—los cañones.

En el imprudente combate de la tarde, Blanco había ejecutado una maniobra salvadora, y este era uno de los pocos episodios de su vida, que se complacía en citar con orgullo.—Rechazada la extensa línea de caballería patriota por los escuadrones realistas que conservaron sus posiciones en masa, se arremolinaron en el llano, perdieron su formación y su disciplina y corrieron en dispersión a retaguardia.

Blanco estaba con sus doce piezas volantes en medio del llano, muy cerca de Talca y en su cancha rayada, que era su *cancha de carre-*

ra, donde más tarde el Intendente Concha plantó la actual alameda. En esa posición abierta, el bizarro artillero fué envuelto en el comun desorden; pero cuando ya venían cargando con ventaja y arrogancia los españoles, hizo frente a retaguardia, y aunque aislado y solo con sus piezas en la vasta llanura, los contuvo y restableció la serenidad y la confianza en las filas de los patriotas.

Durante la marcha de la columna de Cancha Rayada hasta el río Lontué, el comandante Blanco ocupó su cabecera con sus baterías descargadas. El fuego de la tarde y la fuga de los conductores del parque, le habían dejado sin un solo tiro. Aun deseándolo, como Carrera en 1813 al levantar el sitio de Chillán, no habría podido hacer disparar a sus artilleros una salva real *con pólvora* para amedrentar al enemigo que le perseguía. El comandante Blanco no tuvo un solo tiro en sus armones, y esto realza la habilidad y la sangre fría de su retirada.

Con su famosa batería volante, como todos saben, hizo otra vez el mayor Blanco prodigios en Maipo, otra vez a la derecha y otra vez a las órdenes inmediatas de Las Heras. Sus disparos por encima de las columnas patriotas, arrolladas por el *Burgos* en un momento crítico y decisivo, fueron de una maestría tal, que hicieron preguntar a Ordóñez, cuando era un triste prisionero, por el nombre del «oficial europeo» que había manejado aquellos cañones.

Ese héroe, así honrado, era Blanco.

Por su conducta en ese día memorable, fué ascendido a teniente coronel efectivo una semana después de la batalla.—el 14 de Abril de 1818.

XV

Comienza aquí la era de la verdadera gloria del antiguo guardiamarina de Cádiz. Vuelve al mar y allí le acompaña una asombrosa fortuna.

Todos conocen el maravilloso episodio de la captura de la *María Isabel*, fragata de 44 cañones y del convoy de Cádiz que ese casco de guerra custodiaba. Nombrado Blanco jefe de aquella expedición el 23 de Junio, en Diciembre volvía con su presa ya nombrada, cinco barcos del convoy español y dejando completamente desbaratada la última expedición peninsular contra Chile.

En aquella expedición hubo una serie de palabras heroicas y proféticas.

Cuando el 9 de Octubre vió O'Higgins, que regresaba a Santiago con Zenteno, desde el *Alto del Puerto*, las cuatro naves de Blanco—el *San Martín*, el *Lautaro*, la *Chacabuco* y el *Araucano*—dijo a su compañero:—*De esas cuatro tablas depende la suerte de América*; palabras que con el episodio, están grabadas en la estatua del caudillo. Pero Blanco había tenido una expresión no menos bella:—*Es preciso*—dijo en un documento público—*que la*

marina chilena señale la época de su nacimiento por la de su gloria. I así lo cumplió.

Privadamente y en uno de esos arranques de su naturaleza briosa y caballeresca, a tan mala cuenta puesta por el guerrillero Calvo en 1814, y después por Santa Cruz en 1837, el captor de la *María Isabel* había ofrecido al Director la espada del jefe de la expedición española. Y esto también lo cumplió, según estas palabras de una carta autógrafa e inédita que del último al primero tenemos a la vista, fechada en la isla de Santa María el 5 de Noviembre de 1818: «Mi venerado general—le decía:—con mi ayudante de órdenes remito a V. S. el sombrero y la espada que se me dijo ser del comandante de la fragata *María Isabel*, felicitándome de haber podido cumplir a V. S. mi palabra».

El regreso de Blanco a la capital ha sido contado por uno de sus ayudantes que le acompañaba. Fué una verdadera entrada

triunfal de aplausos, de flores y de calorosas felicitaciones.

El gobierno le dió un premio muy subido para su edad. A los 28 años le hizo contra-almirante (Diciembre 12 de 1818). Pero la sociedad santiaguina le ofreció una recompensa mucho más preciada,—la mano de la más hermosa de sus hijas, a quien el escritor a que acabamos de referirnos (el general Miller), llama con este motivo «lucero de primera magnitud».

XVI

El prófugo de Montevideo había llegado, en el breve espacio de seis años, al colmo de la fortuna y de la gloria.

Pero aquel debía adquirir un realce de otro género con la llegada de aquel ilustre enganchado que vino a libertar el Pacífico con el nombre de Lord Cochrane. Blanco le entregó la escuadra y consintió en ser su segundo, sin

violencia, sin vanagloria, pero tampoco sin humillación.

Grande fué la gloria del primero en la borda de la *Esmeralda*. Pero ¿no fué también encumbrado el mérito del marino que le cedió voluntariamente aquel puesto de inmortalidad?

Blanco hizo en esas campañas del Pacífico estrictamente su papel de segundo. Cuando Cochrane iba, como el águila, desalado tras de alguna empresa de gloria o de rapiña, o de ambas cosas a la vez, Blanco quedaba con los buques de rezago bloqueando las costas enemigas. En una ocasión, por escasez de víveres, abandonó este puesto en la escuadra, y tuvo que pasar por muchas zozobras, hijas del descontento y de la maledicencia. Tenemos delante de nosotros una carta privada al Director Supremo, escrita en Santiago el 8 de Junio de 1819, en que clama al cielo por la injusticia con que se le acusa.

XVII

Pero de todos modos, es lo cierto que Blanco no cosechó ninguna gloria en el Pacífico, mientras Lord Cochrane mantuvo su pendon en el mástil de la capitana chilena. Después de su vuelta al Atlántico (Enero de 1822), comienza otra vez su activo rol de jefe, y esta vez al lado de Bolívar y casi a su servicio. Blanco condujo casi todas las expediciones que de Guayaquil y el Callao salieran al mando de Sucre, Santa Cruz, Alvarado y otros jefes para los puertos intermedios o para el Alto Perú. De esa manera contribuyó al desenlace de Ayacucho en 1824.

Por esto, en Julio de ese año era nombrado vicealmirante y, al propio tiempo, general en jefe del ejército que Chile se aprontaba a enviar en esa época en auxilio del Libertador. Por esta cuenta, el jefe más prestigioso de nuestra escuadra tenía a la de edad de treinta

y cuatro años, la más alta graduación de la marina, y la ha conservado ilesa y fiera durante más de medio siglo. ¿No es esto por sí solo una gran gloria?

XVIII

Blanco trató íntimamente a Bolívar en esa época. Conservaba de él con esmero una numerosa correspondencia, y admirando su genio, temía su carácter.—«Por la franqueza que me ha dispensado el Libertador—escribía el jefe de la escuadra chilena al Director O'Higgins, el 9 de Diciembre de 1822, una semana después de haber regresado de Guayaquil, donde quedaba Bolívar—y las muchas conversaciones que he tenido con él, añadiendo su conducta, de que he sido testigo, me han hecho conocerle; y a mi vuelta a ésa yo haré a usted el retrato más imparcial de su carácter. Baste sólo decir a usted como amigo y como chileno, que lo considero un ene-

migo peligroso de quien es preciso guardarse mucho».

XIX

En los intervalos de su vida anfibia de marino y de oficial de tierra—peculiaridad que duplica los méritos del general Blanco para con el país,—había tenido también el último ascensos, fortunas y caídas de otro género.

Retenido en Santiago después de la salida de la Escuadra y del Ejército Libertador, el 20 de agosto de 1820, en su calidad de comandante general de armas y jefe del estado mayor de plaza, en septiembre de 1820 había sido nombrado mariscal de campo del ejército de tierra, y era además presidente y creador de una *Sociedad de Amigos del País*, que funcionaba en su propia casa, teniendo por socios a los primeros hombres de la independencia. Una de las cosas de más recomendación que hizo esa junta de ciudadanos, fué mejorar el servicio asqueroso de los hospitales y cos-

tear de su peculio la lúgubre reja que hoy permite todavía a los presos de la cárcel pública hablar con sus deudos desde la calle, como si fuera en un locutorio de monjas, y divisar un rincón de la alegre plaza que en un tiempo, se llamó de la *libertad*, teniendo la cárcel en un ángulo y la horca frente a frente...

XX

Blanco era también senador en esos años, según creemos, y este honor fuéle conferido para su mal; porque habiéndose quejado un día, arrastrado por su ardor y su arrogancia natural, de «la apatía» del gobierno, llevaron el chisme al dictador O'Higgins, y airado éste por la ingratitud y la petulancia del caso, mandó someter al denunciado a prisión y a un consejo de guerra, acusándolo de aspirar al poder supremo.

El consejo de guerra tomó a lo serio el cargo y condenó al mariscal de campo al destie-

rrero, votando en su contra los coroneles Pereira y Thompson, y a su favor el coronel Torres. Pero obedeciendo O'Higgins a uno de los sanos impulsos de su corazón magnánimo, cuando llegó la noticia de la ocupación de Lima por el *Ejército unido*, en julio de 1821, le hizo venir a palacio y abrazándolo con efusión en medio de los repiques y cohetes, le dijo estas palabras, que ayer nos repetía todavía, como el eco de una grata absolución, el agraciado:—*¡Todo queda olvidado entre nosotros!*

XXI

La última campaña que Blanco hizo por la independencia de Chile y de la América, fué la segunda y feliz de Chiloé. Mandó en jefe la escuadra, y se cubrió de gloria cuando, a la luz del mediodía, penetró en la bahía de Ancud, erizada de cañones, guiando él mismo la flota sobre la toldilla del *Aquiles*, como Farragut en Mobila. El buque perdió sus palos, de-

rribados por las balas. Pero el valiente marino—hijo de la fortuna—no sacó esta vez ni en ninguna otra ocasión de guerra, un solo rasguño. En cambio, el general Miller, que le acompañaba con frecuencia en esos casos, era ya en esa época una verdadera criba de balas.

XXII

Uno de los resultados más evidentes de los merecimientos que contrajo Blanco Encalada en aquella campaña, fué su elección por el Congreso para la primera magistratura de la República (julio de 1826). Pero aquel honor no duró demasiado, por la sencilla razón de que Blanco no había sido bautizado en la pila del Sagrario. Dos meses después renunciaba el mando supremo por las hostilidades chilenas y, sobre todo, *santiaguinas* que había encontrado en el mismo Congreso que lo elevó. Una de esas cortapisas—harto curiosa por cierto e ilustrativa de la época—había sido

que habiendo pedido el presidente sesenta mil pesos para pagar sueldos insolutos al ejército descontento, el Congreso ordenó que se le pagase vendiendo cuatro mil vacas de engorda que tenían los regulares, expropiados a la sazón, en sus estancias. La tesorería nacional estaba por esos años en los potreros, y los sueldos se pagaban con panzas de grasa y chicharrones...

XXIII

Desde la renuncia del general Blanco, en 1826, ocurre un decenio completo de interregno político y militar en su carrera. No tomó parte alguna directa en las tristes disensiones que ensangrentaron la República en 1827 y 1830. Desde su chácara del Conventillo, cuidaba de sus cortos intereses y de su familia. Fué entonces cuando él mismo hizo abrir en sus terrenos la avenida que hoy se llama *Ala-*

meda de los Monos, y cuyo rasgo vendió a la municipalidad por un buen precio.

XXIV

El período de actividad que siguió a ese largo interregno, fué de fatal augurio para la carrera del hombre ilustre cuya vida bosquejamos con mezquina, pero inevitable premura.

Después de un lampo de gloria, un abismo: tal es la sinopsis moral del año *treinta y siete*.

Resuelto el Gobierno chileno a enviar al Perú una expedición militar, sin motivos, a nuestro juicio, bastante justificados para tamaña empresa, nombró al vicealmirante Blanco general en jefe de la expedición, movido, sin duda, el Ministro Portales del crédito de aquel jefe por sus antiguos servicios y relaciones de familia en el Perú.

La empresa encontraba en el país una resistencia sorda, pero tenaz. El ejército mismo se amotinó, y el Ministro de la Guerra—autor

exclusivo de aquélla—fué cobardemente asesinado al amanecer de un día de eterno luto para Chile, en las alturas del Barón.

El general én jefe se encontraba con su estado mayor en Valparaíso cuando estalló el motín en Quillota el 3 de junio. La resistencia parecía imposible, y lo habría sido para todo hombre que no hubiera tenido el pundonor y los bríos de aquel soldado.

Blanco resistió, y una descarga hecha a media noche por un puñado de reclutas, junto con la alevosía del crimen y la ebriedad del vino de una parte de los amotinados, le dió el triunfo.

XXV

Después del crimen del Barón, el país miró con ojos diversos la expedición temeraria. Se apasionó de ella porque creyó ver la mano del dictador del Perú en la empuñadura de la espada ensangrentada de Florín. El general Blanco se hizo, después de Portales ya difun-

to, el hombre mas conspicuo de Chile; y si hubiera vuelto victorioso del Perú, los chilenos le habrían perdonado su bautizo en la pila de la Compañía de Jesús en Buenos Aires.

Mas, no sucedió así.

La expedición se hizo a la vela para Arica, en combinación con los emigrados peruanos Castilla, Vivanco, Lafuente, Torrico y especialmente con el coronel López, que era prefecto de Tacna. Pero éste faltó a sus compromisos, y con esto solo la expedición fracasó, porque le faltó la base de sus operaciones, que era Moquegua, esto es, el flanco del ejército de Santa Cruz.

Engañado, al contrario, el general chileno, internóse hacia Arequipa, interponiendo entre la costa, que era su centro único de recursos, inmensos arenales. Desde este momento el ejército chileno estaba perdido, completamente perdido, porque Santa Cruz, haciendo un movimiento de concentración general desde

sus alas, rodeó aquel puñado de valientes con seis mil de sus mejores tropas.

Si el Protector de la Confederación perú-boliviana no hubiera estado desde el principio, desde Socabaya (1834), a todo trance por la paz con Chile, como Portales había estado, desde Socabaya también, por la guerra a todo trance con Santa Cruz, el ejército chileno habría perecido entero de hambre, de miseria y de fiebre en aquel asedio de bayonetas y de arenas. Mas, el general Blanco, que en esas ocasiones sabía encontrar el camino de las grandes resoluciones hizo prodigios, no por vencer, pues eso era imposible, sino por batirse y sucumbir con gloria. A todas sus salidas del cuartel general, los ágiles regimientos bolivianos contestaban replegándose sobre las crestas como gamos, sin disparar un solo tiro. Era esta su consigna de guerra, porque era consigna de paz.

Ocurrió también el general Blanco, en su desesperación, a un recurso que ya no era de

este siglo. Envió un cartel de desafío al general Cerdeña, que mandaba las tropas bolivianas, para pelear en la pampa de Arequipa, dándoles la ventaja del número, de la posición y del *viento*.

Todo era en vano: el ejército chileno se moría diezmado por la cólera del alma y por el clima. Al fin fué preciso tratar, y los pactos de Paucarpata, que fueron para el ejército una salvación casi milagrosa, tuvieron en Chile un eco funesto bajo el punto de vista político.

El país se levantó en masa, y el general Blanco, como aplastado por su peso, dimitió el mando ante un consejo de guerra, el 31 de diciembre, esto es, en el último día de aquel año nefasto para su fortuna, pero no para su fama ni para su gloria.

XXVI

Se sucede a esta desventura una nueva tregua que dura diez años justos, pues todos

esos largos períodos de tiempo y de sucesos caben en esta vida tan dilatada, tan variada y tan activa.

Durante esa prolongada tregua del servicio público, el general Blanco visitó con su familia la Europa (1844), después de más de treinta años de ausencia. El 21 de febrero de ese año había obtenido cédula de retiro temporal, según un apunte apresurado que nos ha sido enviado del Ministerio de la Guerra.

XXVII

El general Blanco regresó de Europa en 1846, empapado en todos los progresos de la moda, de la edilidad y de la cultura social en cuyos centros había vivido. Aunque frisaba ya en los sesenta años, tenía la actividad de un soldado y la gracia y desenvoltura de un joven de salón. El Ministro del Interior, Vial, tuvo por esto la feliz inspiración de aprove-

char todas esas condiciones de trabajo y progreso para la mejora del puerto principal de la República; y sin mira política de ningún género, nombró al vicealmirante del Pacífico intendente de Valparaíso el 25 de junio de 1847.

XXVIII

El general chileno, ya más parisiense que argentino en esa época, estaba en su elemento. Quería hacer de Valparaíso un pequeño París, y para esto, se asoció al vecindario haciendo causa común con él. Fué el primer magistrado local que introdujo en Chile tan feliz innovación, y gracias a ella, realizó prodigios, sin multas. Canalizó el estero del Barón en toda su longitud, evitando sus frecuentes inundaciones; niveló y pavimentó las calles de la Victoria y de la Independencia, y abrió la que lleva hoy su nombre, trabajando al frente de los peones y a la puerta de los vecinos; edificó la cárcel; inauguró el hospicio; hizo los primeros contra-

tos sobre gas y agua potable, y por último, puso él mismo; el 1.º de Octubre de 1852, la primera piedra del ferrocarril de Santiago a Valparaíso.

XXIX

Pero el ilustre general Blanco, más ilustre por esto que por sus glorias de mar y de tierra, hizo algo que no habían hecho todavía en nuestro país—el más triste y el último del mundo en ese género de pruebas—ni sus más afamados caudillos y mandatarios políticos. En 1849 *perdió* una elección popular contra el pueblo, no obstante su inmenso y justo prestigio en las masas y en todas las clases.

El gobierno había impuesto la candidatura oficial de un hombre opulento, pero sin prestigio,—el comerciante Ramos.

El pueblo proclamó, por su parte, la candidatura libre de un hombre ilustre, muerto demasiado temprano para la estimación de sus

conciudadanos: la de don Manuel A. Tocornal.

La lucha fué terrible, pero leal.

El que esto escribe, asistió como espectador a esa lucha, y sintió en el albor de la vida y de la fe política el legítimo orgullo de las libertades públicas de su patria, porque el pueblo triunfó en todas las mesas. El general Blanco, vestido de uniforme y montado en un magnífico caballo negro que le había sido enviado de la hacienda de la «Compañía» para aquella batalla de la paz y del derecho, recorría todas las secciones y era recibido con las aclamaciones de ambos partidos. El gobierno quedó vencido, pero sólo en apariencias, porque las elecciones de Valparaíso regocijaron el corazón de todos los hombres de patriotismo y de honradez, y esa emoción era un escudo para aquella administración. El intendente derrotado no fué tampoco *destituído*, ni se *enfermó* de mal alguno.

XXX

Al contrario, en la crisis terrible que se veía venir, aquel hombre era una ancla de salvación en medio del naufragio casi universal de la autoridad. En dos ocasiones tiró por esto su vida a la calle por defender ese principio. Uno de esos lances es conocido de todos: cuando el 28 de octubre de 1851 atacó en persona la trinchera que el pueblo sublevado había levantado en la Plaza municipal. El otro es mucho menos conocido, y merece un pasajero recuerdo.

XXXI

Todo Valparaíso estaba reunido en un banquete con motivo de la inauguración de los primeros trabajos del ferrocarril.

El intendente Blanco presidía.

De repente, en medio del festín, viene un

ayudante, pálido y deshecho, a decirle al oído que acaba de estallar una revolución en el cuartel de artillería, y que el plan de los conjurados, cuya cabeza fué un sargento Oyarce, de terrible reputación por su arrojo temerario, era pasar a cuchillo a todos aquellos altos y alegres convidados. Si nuestra memoria no nos engaña, el Presidente de la República y todos sus ministros estaban presentes.

Sin inmutarse ni llamar de otra manera la atención, el general se pone de pie y pide la palabra. Un silencio profundo reina en sala, y el valeroso capitán pronuncia un entusiasta brindis al progreso, a la paz, a la civilización y a la gloria de Chile. La alegría invade el recinto con los aplausos y los hurras; y él se escabulle en silencio para tomar medidas. El denunció era cierto, el plan terrible; pero había exageración en los medios atribuidos a su ejecución. Sin embargo, Oyarce, su hijo y dos soldados más pagaron a los pocos días con la

vida su loco intento, muriendo el primero con estupendo valor sobre el banco.

XXXII

Sofocada la formidable revolución de 1852, el general Blanco fué nombrado ministro de Chile en Francia el 27 de enero de 1853, como un premio apetecido de sus servicios, y en este período de descanso, visitó por la cuarta y última vez la Europa, regresando a Chile en junio de 1858.

XXXIII

Después de su vuelta «a morir en el hogar», ocupó el almirante Blanco varios puestos honoríficos, siendo el más conspicuo el de senador, cuyo asiento abandonó voluntariamente por la enfermedad que le affligía y no le permitía tomar parte en los debates. Pero si su curul era su puesto legítimo de pa-

triota y de viejo servidor de la República, el juvenil almirante prefería sentarse y presidir las asambleas populares, donde desde su primera aparición, era siempre aclamado. Así dirigió con vigor, con energía, con elocuencia, la *Sociedad de la Unión Americana*, que hizo nacer la invasión del Pacífico por la flota española en 1864.—«Tengo setenta y cinco años, señores—dijo en esa ocasión el ilustre anciano;—pero estoy dispuesto a sacrificar los pocos días de gracia que me reserva el cielo antes que ver empañada la estrella de Chile en ese mar que sus heroicos hijos conquistaron. Nó, señores. Los chilenos no pueden someterse al baldón de presentarse a los invasores de España con su sombrero en la mano para pedirles el permiso de hacer hinchar sus velas y flotar su gloriosa bandera en esas aguas, que son de todo el universo, pero cuya custodia pertenece no al extranjero sino a Chile».

Una inmensa salva de aplausos coronó las

fogosas palabras del captor de la *María Isabel*.

XXXIV

Desde esa época, la vida pública parecía cerrar sus puertas al ya viejo soldado. Edificó en Santiago una suntuosa casa para el reposo de sus fatigados días; dió un impulso considerable a sus negocios de campo comprando la hacienda y baños de Apoquindo, y hasta cuidó de su última morada haciendo venir un mausoleo para cubrir las cenizas de aquellos de sus hijos que le habían precedido, y las suyas propias.

No obstante estos aprestos, que revelaban ya que la hora de la queda había sonado, al caer la noche, para aquella existencia tan activa, combatida y agitada, hemos visto que los graves sucesos internacionales de 1865 y la parodia moral que se llamó *Guerra de España*, hicieron abandonar su buscado sosiego

al venerable anciano, no sin que el último acto de su carrera militar dejara de ser enérgica protesta contra la llaga de las intrigas que devora en ocasiones, y aun por largos períodos, la mejor parte del carácter nacional, como si los pueblos estuviesen sujetos a las mismas epidemias que el cuerpo humano,—el tífus, la sarna, la lepra y la escarlatina.

XXXV

El señor Blanco continuó llevando una existencia apacible entre los suyos y entre algunos amigos escogidos, asociándose a todo lo que era significación de progreso, de bienestar y de nombradía para Chile. De cuando en cuando, reunía a su mesa algunos de los círculos distinguidos de la capital, o a los miembros culminantes de diversos círculos. La casa del general Blanco era ya un terreno neutral para todos los hombres que respetaban el ho-

nor y veneraban las canas de una existencia que había pasado a ser un monumento.

XXXVI

Hasta hace pocos meses, la salud del ilustre anciano no se resentía de una manera seria, y era, al contrario, un motivo de admiración universal su robustez, su agilidad, hasta su *donaire*. Desde hacía poco más de un año, le molestaba una enfermedad en la vejiga, pero sólo se cuidada este mal para preparar un último viaje a Europa, cuando desde pocas semanas sus fuerzas comenzaron a decaer visiblemente.

No alarmaba esto todavía ni a su familia ni a sus amigos; pero en la tarde del domingo último, 3 de septiembre, apareció un vómito de color obscuro, que fué declarado por los médicos, signo de una próxima descomposición. El ilustre paciente luchaba, sin embargo, con redoblada energía contra el peligro ya inven-

cible. Durante todo el día lunes pasó en lo que podría llamarse una enérgica agonía, disputando palmo a palmo sus entrañas a la muerte. Su cabeza se mantenía en el más perfecto equilibrio, presidiendo él mismo a todos los detalles de su curación. Su voz era entera, y los que le oíamos uno o dos aposentos de por medio, asistimos a sus últimos diálogos con la vida, cual si estuviéramos al borde de su lecho.

Cuando le administraron en la noche del lunes 4 los últimos sacramentos, no dejó de seguir con los ojos tranquilos, pero atentos, los movimientos del sacerdote; y como su profunda sordera no le permitiera oír, preguntó a los circunstantes si lo estaban auxiliando «en latín o en castellano».

XXXVII

A las once de la mañana del 5 de octubre, despues de una noche de terrible insomnio y desasosiego, luchaba todavía vigorosamente,

el animoso anciano, con su ya visible y cada-
vérica disolución. A esa hora pidió que lo vis-
tieran. Sus solícitos guardianes, que eran al-
ternativamente y a la vez todos sus amantes
hijos, opusieron una natural resistencia; pero
el moribundo porfió, y a la una le colocaron
en medio de su dormitorio en una poltrona
azul, que era su asiento favorito.

Allí siguió agonizando, pero no como quien
busca la muerte, sino como quien acaricia el
sueño. A las dos, algúien habló del frío que
ha reinado hoy en la atmósfera, y el anciano
agonizante, pero no vencido, miró el reloj de
la chimenea, distinguió claramente la hora y
dijo:—*A las dos de la tarde no hay nunca frío,*
y luego agregó de una manera casi impercep-
tible esta expresión:—*¡Vamos!*

Estas fueron sus últimas palabras, y en se-
guida reclinó la cabeza sobre el pecho con tal
suavidad, que nadie le vió morir, y aun des-
pués de muchos minutos dudaban de que aquel
sueño fuera eterno. Su rostro hermoso y dul-

ce, no tenía sobre la almohada otra deformidad que la demacración de una excesiva flacura.

El general Blanco murió como cristiano y como soldado. Murió vestido, casi de pie, conversando con los suyos, y así dejó cumplida la palabra que había empeñado a una de las mujeres que más había amado, porque *no murió como viejo* sino como se extinguen las naturalezas más robustas y los corazones más enhiestos.

XXXVIII

Hemos concluído nuestra tarea, y no abrimos aquí juicio sobre esta ilustre vida, porque eso queda para más allá de la tumba, y la tumba no ha sido abierta todavía.

Lo que si se puede presumir y anticipar, es que los chilenos todos, y sin nombres de bandos, habrán comprendido el significado de la inmensa pérdida que en esta hora experimenta la República. El viento de la muerte ha veni-

do apagando durante medio siglo ya cabal, una a una todas las antorchas que dejó encendidas la revolución. Quedaba una sola, y ésta, por lo mismo que se habían desvanecido en su derredor todos los esplendores antiguos, alumbraba solitaria, alta, majestuosa, única en el fondo de ese pasado que ya es ceniza, y en el dintel de esta hora que es de hondo menoscabo y de triste duda. Con el general Blanco se acaba una grande edad. ¿Y dónde y con quienes comienza la otra que debe reemplazarla?

Esto es lo que esa muerte significa, y eso es lo que irá el pueblo en masa a interrogar al borde de esa tumba, en pocas horas.

En ese sentimiento público tenemos plena fe, y sabemos que el pueblo de Santiago no necesita ni esquila ni aviso para honrar el último tránsito del último de sus héroes.

Digna y noble inspiración sería también la de que se levantase a esa altura la voluntad del gobierno, del congreso, del ejército, de la guardia nacional, de los colegios y escuelas de

la República,—semillero de ciudadanos; la legión de bombas,—semillero de héroes; la voluntad, en fin, de todas las instituciones que nos honran, y concurriera cada cual en su esfera, a conmemorar esta especie de centenario moral en que la gratitud trae anticipada la posteridad.

XXXIX

Que se forme así en esta ciudad eternamente aletargada por el narcótico de su opulencia, la «última parada de la Independencia», y que en presencia de esa doble fila del pueblo en armas y del pueblo en labor, tendida desde el atrio de la Catedral al atrio del Cementerio, desfile con los honores de una ovación antigua ese féretro glorioso y bendito; que la juventud lo lleve sobre sus hombros, como la juventud de 1844 llevó los restos de Infante; que los viejos soldados, sus camaradas y sus subalternos, formen en rededor de los trofeos militares

su última guardia de honor, marchando en pos Arteaga, Godoy, Jofré, Jarpa, Zapiola, todos los inválidos, que ya no son tales sino reliquias; que la bandera de la *María Isabel*, que colgó durante medio siglo de la nave de la Catedral, sea el sudario de ese ataud que guarda el eco de tantas victorias, y que el pendón de la *Covadonga*, que el libertador del Pacífico paseara ayer ufano por nuestras calles, sea el guión que preceda a su cortejo.

Todo eso es suyo y debe acompañarle a la fosa, como antes iban en pos del amo los libertos y los esclavos agradecidos; que el cañón del duelo público se haga oír en la colina, y que las banderas de nuestra joven marina, arrancadas a los masteleros de los blindados, den sombra a la tumba de su fundador; y todo esto mientras llega la hora del bronce, que no ha de tardar, y la hora de la justicia pública, que puede ser inspiración de hoy, cambiando en la popa de una nave el nombre de una ciu-

dad por el de un héroe, héroe que esa ciudad ama agradecida. Y así se pasearían otra vez por los mares, como dos sombras invencibles, esos dos gigantes que recuerdan e inmortalizan una gloria gemela:—*Cochrane y Blanco Encalada*.

Y así, pero sólo así, habremos celebrado de una manera digna este centenario vivo, que no ha medido, es cierto, en el calendario del tiempo el tardo paso de los años, pero que lo consagra ese ataúd lleno de cenizas de gloria, tibias todavía, y en las cuales no se ha apagado aún la última chispa de la inmortalidad!

XL

Al día siguiente de publicada la presente, breve y apresurada biografía, escrita, empero, a la luz de un solo lampo de verdad y de sincera y calorosa admiración, apareció el siguiente decreto que le daba una sanción pública:

«Santiago, septiembre 6 de 1876.»

Habiendo fallecido el día de ayer el esclarecido general de división de la República, don Manuel Blanco Encalada, y

Considerando:

Que el indicado general prestó a la Nación señalados y distinguidos servicios en la época de nuestra emancipación política;

Que es un deber del gobierno de la República honrar su memoria y hacer una pública manifestación del sentimiento que por su pérdida experimenta la sociedad chilena,

He acordado y decreto:

- 1.º Las honras fúnebres, que deben celebrarse el día de mañana, serán costeadas con fondos del erario nacional;
- 2.º Los individuos del ejército y de la marina de guerra vestirán luto por el término de ocho días,
- 3.º La comandancia general de armas de esta capital dictará las órdenes convenientes para que ten-

gan lugar los honores militares que dispone el título LXXXII de la Ordenanza General del Ejército. Tómese razón, comuníquese y publíquese.

ERRÁZURIZ.

*Ignacio Zenteno.**



Esa había sido la palabra del gobierno a nombre de la Nación chilena, en la víspera de la última jornada.

En la mañana del siete de septiembre, en que los restos del héroe y del padre de la patria fueron depositados para su postrer descanso, la Nación entera le acompañaba al borde de la fosa, con los ojos henchidos en lágrimas y agitado su pecho por las emociones de un amor y de una gratitud inmortales como la gloria.

BENJAMÍN VICUÑA MACKENNA.

BREVES APUNTES

PARA ESCRIBIR LA BIOGRAFÍA DEL ALMIRANTE
D. MANUEL BLANCO ENCALADA (1)

D. Manuel Blanco Encalada nació en Buenos Aires el 21 de abril de 1790. Fué su padre

(1) Estos apuntes están escritos de puño y letra del señor Vicuña Mackenna en un libro copiador de correspondencia, que forma el volumen 174 de su Archivo. A continuación de ellos, viene la siguiente carta del señor Vicuña al Almirante Blanco:

*Señor General don Manuel Blanco Encalada.

Mi distinguido General y amigo:

Anoche, después de la preciosa conversación que tuve con Ud., me ocupé un ratito en redactar estos

el oidor Blanco Cicerón, que lo fué de Chile y la Paz y murió en diciembre de ese mismo año, quedando D. Manuel de siete meses. Su madre, D.^a Mercedes Encalada, hermana del conde de Villa Palma.

La casa en que nació fué después el café de Marcos, calle de la Compañía esquina de

ligerísimos apuntes, que le incluyo, con el objeto de escribir la interesante vida que dije a Ud. iba a poner en la *Historia de Valparaíso*, como la del hombre público que había hecho más bien a aquel gran pueblo.

Mas, como es posible haya cometido algunos errores y principalmente omisiones, le ruego pase su vista por ellos y con un lápiz me marque al margen todo lo que yo haya equivocado u omitido. Dejo con este objeto un ancho margen en el papel.

También agradecería infinito a Ud. me facilitase por un rato todos sus papeles, despachos, notas públicas para precisar los hechos y apuntar con exactitud las fechas.

Rogando a Ud. excuse en vista de un interés nacional (pues tal es el de su persona), tengo el honor de subscribirme, su afmo. amigo. »

la iglesia y pasó su niñez en la casa de la esquina de la plaza de la Victoria anexa al sitio que se llamaba el «Corral de las Ánimas». Asistió a la escuela de Arjerín.

A la edad de doce años, en 1803, lo llevó a España el regente Mata Linares, que iba de consejero de Indias, para confiarlo a su tío D. Manuel Encalada, conde de Villa Palina.

Se embarcó en la corbeta de guerra *Infante don Francisco de Paula*, capitán D. Juan Donestebes, y llegó a la Coruña. Se alojó en casa del jefe del apostadero, Bustamante, jefe de las cuatro fragatas apresadas por los ingleses en 1804.

Se educó en el Seminario de Nobles de Madrid con el ilustre Saavedra.

El 6 de diciembre de 1806 salió del Seminario y pasó a la marina como guardiamarina; pero por haberse demorado las *asistencias* que proporcionó el conde del Maule, sólo entró en servicio en julio de 1807.

La primera acción de guerra en que se encontró fué en la Carraca, al mando de un mortero.

En el bloqueo de Cádiz por los franceses mandaba una barca cañonera bajo las órdenes de un teniente. La barca se llamaba la *Carmen* y asistía a la puerta de Sevilla. El teniente rara vez salía a los cruceros, servicio que él hacía diariamente.

A fines de 1807 vino a Buenos Aires a bordo de la fragata *Flora*, capitán D. Fermín de Ezterripa, fragata muy velera.

En Buenos Aires recibió los despachos de alférez de fragata por el ascenso que se dió a los defensores de Cádiz y de allí pasó a Chile, a donde llegó en abril de 1808 por la Cordillera. Su destino era el Callao.

Estuvo en Chile hasta mayo de 1808, en cuya época, corriendo a caballo con su primo Ambrosio Zerdán, hijo del oidor de este nombre, se mató aquél.

En Valparaíso, que era muy miserable en-

tonces, se embarcó en la *Piedad*, buque de uno de sus primos Fuentes-González, de Lima.

Quedó en Valparaíso la *Astrea*, buque de situado que mandaba D. Toledo, y era segundo Eugenio Cortés, educado con Sarratea en el Seminario de Nobles de Vergara.

Estuvo en el Callao hasta 1811, bajo las órdenes del comandante de marina D. Joaquín Molina, su primo, hasta que habiéndose sabido en Lima que el gobierno patrio lo había hecho capitán de artillería, lo mandó Abascal a Cádiz. Se embarcó en el buque , capitán

A poco de haber llegado, a influjos del regente Villavicencio, obtuvo que lo embarcasen en la fragata *Paloma* que venía a reforzar a Montevideo, amenazado por los patriotas de Buenos Aires.

Rotas las hostilidades, el comandante de la marina D. Sierra, le ordenó que fuese a atacar las balizas de Buenos Aires, primero en la *Paloma* y después en la *Casilda*,

pero él se disculpó con sus relaciones de familia, aunque en realidad era por sus ideas.

Por este motivo resolvieron mandarlo a España, pero él resolvió fugarse y lo comunicó a D. Eugenio Cortés, que también había sido enviado a España por Abascal, pero se había quedado en Río Janeiro.

Salió de Montevideo protegido por D.^a Margarita Viana y la Pepita Uribe, vestido de guardiamarina y con una camisa en el bolsillo. Al salir afuera, le encontró un hijo del virrey Sobremonte, que le dijo ya iban a cerrar el portón. Tenía caballo y un magnífico guía.

Con éste anduvo 80 leguas, ocultándose de día en los bosques y pasó tres ríos a nado hasta que llegó a la capilla de Mercedes, donde estaba el ejército de Buenos Aires con Rondeau, Sarratea, Viana y Soler.

Con este último pasó a Santa Fe y de allí a Buenos Aires. Don Jorge Cood le trajo a Buenos Aires su equipaje.

En febrero de 1813 salió para Chile con su

tío y un francés que ha escrito un libro curioso de viajes.

Llegó a Santiago, chácara de Sánchez, donde a los tres días llegó la noticia del desembarco de Pareja, el 31 de marzo de 1813.

Inmediatamente tomó servicio y en marzo de 1814 salió de comandante de la división de reclutas que fué batida en Talca.

En octubre fué hecho prisionero en los Andes y amenazado de ser fusilado por desertor.

Estuvo en Juan Fernández hasta marzo de 1817.

En Cancha Rayada se cubrió de gloria, salvando la artillería de Chile y batiendo en seguida en Maipo a los españoles.

En 1818 libertó el Pacífico, capturando la *María Isabel* y organizando la escuadra.

En esa época vivía en la casa de Price y amarraba su bote en la que es hoy el centro de la calle de la Aduana.

En 1821 organizó en su casa la *Sociedad de Amigos del País* con D. Manuel Salas, D. Fran-

cisco Pérez y otros. Allí se costeó la reja de la cárcel para el alivio de los presos y costó 700 pesos; se mejoró también el servicio del hospital militar, siendo Comandante de Armas.

Por haber hablado un día en el Senado contra la *apatía* del gobierno, un senador y un oficial de artillería llevaron un chisme a O'Higgins, y éste lo mandó encausar.

Votaron en contra de él Calderón y Pereira; en favor Torres y.....

Lo condenaron a destierro, pero O'Higgins no quiso confirmarlo, y el día de la toma de Lima lo mandó buscar con Zenteno y le dió un abrazo en el patio. En la noche hubo baile.

Sirvió después en las campañas del Perú al lado de Bolívar y en la de Chiloé con Freire.

Desde el ocho de julio al diez de septiembre de 1826 fué Presidente de la República.

En 1827, a pesar de un pequeño agravio que le hizo Pinto el mismo día que a Freire (que fué a contárselo al Conventillo) y por lo

que hizo su renuncia, cuando la revolución de Urriola lo aconsejó que se quedase, contra la opinión de D. Carlos Rodríguez, que le decía fuese a reunirse con Borgoño a la Calera.

Pinto, de pie, con la espalda a la chimenea, se mantenía indeciso, pero habiendo entrado Ruiz Tagle, salió precipitadamente.

Pero por los pantanos se volvió a su casa, plazuela de Gallos, a las seis de la mañana.

Allí fué Blanco a reiterar sus consejos de acuerdo con su hermano D. Ventura.

Pinto se vino al Palacio con mucha gente y ese día salvó a la república.

En la revolución de 1829, aunque creía que la Constitución había sido violada por el gobierno, no estaba por la revolución.

Llevado por Viel al campamento de la chacara de la Merced, dijo a los jefes que él tomaría el mando, pero que se propusiese a Prieto no pasar el Maipo y someterse al arbitraje del Congreso de Plenipotenciarios. Pero

resolvieron aguardar la contestación de Prieto, y, en el ínterin, nombraron a Lastra.

Después de Ochagavía, Freire lo llamó a la casa de Borgoño, calle de las Claras, para que se fuese a tomar el mando de las fuerzas de Aconcagua. Le aconsejó que saliera de su escondite y se dirigiera al sud; pero se dirigió a Coquimbo.

Habiendo dicho en casa de Mendiburu que todo podía arreglarse si Prieto y Freire convenían en no aceptar el poder, Prieto le escribió en este sentido y Blanco escribió a Freire, pero ya éste se había ido a Coquimbo.

En 1837 fué al mando de la primera expedición del Perú después del triunfo del Barón y ajustó el tratado ventajoso, pero inevitable, de Paucarpata.

Hubo intrigas en el consejo de guerra que lo juzgó, como lo supo después por Thompson y Frutos.

En 1840 se fué a Europa y volvió en 1846.

En 1847, Vial lo nombró intendente de Val-

paraíso y, sin recursos, hizo milagros, niveló la ciudad y la empedró, hizo veredas y plantaciones, abrió la calle de Blanco y fabricó la cárcel—fundó el hospicio.

Dió libertad en las elecciones del 49 y triunfó el candidato de oposición. En 1851, contra su voluntad volvió a tomar la intendencia que ya había dejado y sofocó la revolución del 28 de octubre, con un valor magnánimo.

No tuvo participación en los fletamentos de presos, como el de Ugarte y otros, porque éstos se hacían directamente desde Santiago.

En 1853 fué enviado a Europa y ajustó un concordato en Roma.

En 1858 volvió a Chile y se separó de la política en la cuestión de amnistía.

En 1866 tomó de nuevo el mando de la escuadra.

En 1868 fué al Perú a traer los restos del general O'Higgins.

A la edad de cerca de ochenta años vive todavía lleno de juventud, amor al progreso,

entusiasmo por todo lo que es grande y tan lleno de vida que hace un viaje diario a su nueva hacienda de Apoquindo, que se ocupa de convertir en un vergel.

Santiago, agosto 20 de 1869.

B. VICUÑA MACKENNA.

DON MANUEL BLANCO ENCALADA

Nació de padres ilustres en la capital de Buenos Aires, el año de 1790. A la edad de once años resolvió su madre, ya viuda, enviarle a Europa con el objeto de proporcionarle educación y carrera: cosas ambas que era difícil conseguir en América en aquel tiempo y cuya persuasión pudo solamente triunfar del amor maternal en la separación de un hijo tierno y a tan gran distancia.

No será fuera de propósito indicar aquí que éste era uno de los infinitos males a que condenaba a los americanos la tiranía intelectual y política ejercida por la metrópoli respecto de sus colonias.

A poco tiempo de la llegada del joven Blanco a Madrid, consiguió la gracia de alumno del real seminario de nobles, establecimiento que era por entonces reputado por el mejor de su clase en España. Siguió sus estudios con aprovechamiento, captándose el afecto y distinción de sus maestros, entre los que tuvo la fortuna de contar a los ilustres profesores de matemáticas y astronomía Vallejo y Antillón.

Habiendo obtenido en 1806 carta orden de guardiamarina pasó a la isla de León, en cuya academia, a causa de su aplicación y estudios anteriores, logró permanecer pocos meses, al cabo de los cuales fué examinado y declarado apto para embarcarse. Había a la sazón estallado el alzamiento y declaración de guerra de las provincias españolas contra la Francia, y Blanco fué destinado al servicio de las lanchas cañoneras que contribuyeron a la rendición de la escuadra francesa surta en la bahía de Cádiz. Este primer paso de su carrera militar le

valió la estimación de sus jefes y el grado de alférez de fragata.

En 1808 fué embarcado en la fragata de guerra *Flora* con destino al Callao, y se le nombró ayudante del comandante general de aquel apostadero, que iba a su bordo. La escala que hizo este buque en Buenos Aires le proporcionó la satisfacción de abrazar a su respetable madre, a quien muy en breve tuvo que abandonar, prosiguiendo a su destino.

Hallábase en él cuando ocurrió en Buenos Aires y Chile el derrocamiento de la autoridad española y la instalación de un gobierno patrio, bien que regido por los mismos sentimientos de adhesión a la causa del monarca y de la España.

Invadida ésta hasta en sus provincias meridionales, prófuga la famosa junta central y disuelta y perseguida en su último asilo, no quedaba a los americanos otro recurso que el de proveer por sí mismos a su régimen y seguridad. Esta conducta, aunque justa y mesu-

surada, excitó la suspicacia de los mandata-
rios españoles y el virrey Abascal, desconfian-
do de Blanco por sus relaciones de familia en
los dos puntos revolucionados, le envió bajo
especiosos pretextos a Cádiz, en donde halló
instalado un pretendido gobierno nacional y
unas llamadas cortes extraordinarias de la na-
ción. Blanco fué empleado en el servicio de
las lanchas cañoneras contra las fuerzas fran-
cesas que sitiaban la plaza.

En 1812 se le reembarcó (no sin inconvenien-
tes) en la corbeta *Paloma*, que hizo vela para
Montevideo, amagado a la sazón por las fuer-
zas de Buenos Aires. Los españoles intenta-
ron el bloqueo de este último y los jefes de
Blanco tuvieron la barbarie de querer obligar-
le a hostilizar un pueblo, que era el de su na-
cimiento y residencia de su familia. Hizo pre-
sente estos fundados motivos, y pidió que se
le concediese su dimisión o su vuelta a Espa-
ña, si bien no podía dársele un servicio pasi-
vo. Nada consiguió. Al aspecto de esta obli-

gación inaudita que se le quería imponer, excitóse en su pecho el sentimiento de la indignación, e impulsado de éste y del ardiente amor de la patria, formó la resolución de fugar, como lo hizo, rompiendo por todos los obstáculos que le ofrecía una travesía de 80 leguas de un país para él desconocido y sembrado de peligros, a cuya distancia aun se hallaba el ejército de Buenos Aires que debía sitiar a Montevideo. Logró al cabo incorporarse a sus compatriotas, y pasó luego a presentarse al gobierno de aquella capital, de quien recibió honrosos testimonios de aprecio. Le brindó con diferentes destinos; pero la circunstancia de su familia y los intereses que ésta poseía en Chile, de donde era nativa, exigieron su translación a aquel país, en donde a su llegada en 1813 se le concedió el empleo de capitán de artillería, y poco después el de teniente-coronel. Aquí principió una nueva época para Blanco que le ofreció un vasto cam-

po al desarrollo de su patriotismo, virtudes y talentos.

Acababa Chile de ser invadido por las armas españolas al mando del general Pareja, a quien luego sucedió Gainza. Su vanguardia, habiendo avanzado hasta Talca, resolvió el gobierno encargar a Blanco del mando de una división compuesta de 700 hombres, gente toda ella bisoña y de que muy poco debía esperarse, con el objeto de desalojar de aquel punto a un enemigo más numeroso y experimentado. Blanco tomó el mando con el desplacer que debía inspirarle esta consideración; pero creyó que no era de su honor el hacer reflexiones en tales circunstancias. El resultado fué cual era de esperarse: la división patriota fué rota y dispersa; y Blanco en medio de los esfuerzos que hizo no consiguió retirarse en orden, sino con unos pocos artilleros hasta la capital. Pidió allí que se le juzgase en consejo de guerra, tanto porque así lo exigía su deli-

cadeza, cuanto porque este era el único medio de imponer silencio a la maledicencia.

Algunas ventajas obtenidas por la división del general O'Higgins trajeron al fin un tratado entre éste y Gainza en que se estipuló la evacuación del territorio de Chile por las tropas españolas. El virrey de Perú se negó a su ratificación y envió al general Ossorio para relevar a Gainza del mando, reforzando al mismo tiempo aquellas con el regimiento de Talavera. La victoria conseguida por los enemigos en Rancagua, en que los patriotas fueron completamente derrotados, volvió a poner a Chile bajo el yugo de sus antiguos dominadores. Los jefes y oficiales de unas fuerzas poco antes respetables, inutilizadas por su propia disensión, fugaban dispersos buscando un asilo de la otra parte de los Andes, confundidos con una multitud de familias comprometidas. Blanco fué del número de los que emigraban; pero tuvo la desgracia de ser alcanzado por una de las partidas de caballería que se puso en persecución

de los fugitivos, preso y conducido con grillos a la plaza de Valparaíso. Formarónle causa como desertor de las banderas reales y fué juzgado en consejo de guerra, de cuyo fallo fatal escapó a influjo de los generosos oficios que en su favor interpusieron los oficiales Butrón y Villalba, antiguos compañeros suyos, logrando que se le conmutase la pena de muerte en la de destierro por 5 años a la isla de Juan Fernández, a la que fué conducido en noviembre de 1814. Permaneció en esta terrible soledad 2 años y 9 meses, al cabo de los cuales volvió a la libertad y al seno de la patria, de resultas del brillante y decisivo triunfo conseguido sobre el ejército español por el general San Martín el 12 de febrero de 1817 en Chacabuco.

De vuelta de su destierro se le confirmó nuevamente en su empleo, y se le dió el cargo de organizar un escuadrón de artillería volante, cosa hasta entonces desconocida en Chile. Su contracción y conocimientos en la materia le proporcionaron muy pronto la satisfacción de

formar este cuerpo, que excitó por su porte, instrucción y disciplina la admiración del general en jefe y de todos los inteligentes.

Una segunda expedición enviada por el virrey del Perú al mando del mismo general Ossorio, volvió a invadir a Chile, compuesta de excelentes tropas, entre las que se distinguían veteranos de las campañas de la Península. El general San Martín marchó contra su antagonista con un ejército florido y numeroso, cuyo entusiasmo era presagio seguro de victoria. El comandante Blanco marchaba con su escuadrón en la vanguardia, cuyo jefe tuvo la torpeza de pretender empeñar un ataque de toda su caballería, desplegada en una sola línea contra el enemigo que cubría el pueblo de Talca. Acometida por la de éste, volvió desordenadamente la espalda, atropellando su propia artillería que tenía a retaguardia. Quedó el comandante Blanco abandonado en medio de aquella espantosa confusión: la caballería enemiga avanzaba a galope y se hallaba ya a

medio tiro de fusil de sus piezas. En tal conflicto, impelido por un movimiento que puede llamarse heroico, manda repentinamente hacer alto y romper un vivísimo fuego que, no sólo contuvo, sino que hizo retroceder al enemigo. Tan distinguida comportación, aunque arrancó aplausos de todo el ejército y de sus jefes, no fué tal vez apreciada en su justo valor, y los amigos del comandante Blanco sintieron que este hecho quedase obscurecido entre el tropel de desgracias que pocas horas después debía sufrir el ejército patriota.

En la noche de aquel mismo día (19 de Marzo de 1818) fué cuando los españoles aprovecharon la ocasión favorable de un cambio de posición, que ejecutaba una de las alas del ejército del general San Martín, hicieron un ataque brusco y bien dirigido sobre su centro, del que resultó la total dispersión del ejército patriota a excepción de una sola división al mando del coronel Las Heras. Reunióse Blanco a ésta en su retirada, sin haber

perdido ni una sola pieza en medio de los fuegos del enemigo, de la confusión y desorden de aquella fatal noche. Ni fué éste el único mérito que Blanco contrajo: mayores penalidades como mayor gloria, le aguardaban en la retirada en que sólo el celo más ardiente y la más infatigable actividad y constancia pudieron hacerle vencer los obstáculos que a cada instante le presentaban la calidad del terreno, el estado de los caballos y el penoso y dilatado paso de los ríos.

Reunióse por último esta división en la capital de Santiago con las demás que habían sido dispersas. Reorganizóse el ejército: renació el entusiasmo y todos vieron en el desastre anterior, más el resultado natural de una sorpresa, que el triunfo del valor de los enemigos. Marchaban éstos lentamente sobre Santiago con la muy infundada seguridad que les inspiraba el necio orgullo y la falta de pericia de su jefe, que creía haber completado la conquista del país, y que faltaban única-

mente a su victoria los honores del triunfo y el homenaje de la capital; empero, diversa suerte le aguardaba.

Movió segunda vez su ejército San Martín sobre el enemigo. A su natural valor unía en esta vez el sentimiento de su afrenta y el exaltado deseo de vengarla; y el 5 de Abril trabóse entre ambos la sangrienta y decisiva batalla de Maipú, en que el valor americano brilló de un modo maravilloso, haciendo prisionero al ejército español entero, después de haber destruído una gran parte. Los bien dirigidos fuegos de la artillería a cargo del comandante Blanco, influyeron poderosamente en esta victoria, que le proporcionó también la ocasión de ejercer su humanidad en los vencidos y de llenar con respecto a uno de ellos los deberes de una noble gratitud. El general en jefe, testigo de su conducta, le recomendó en el parte oficial que dirigió al gobierno.

Terminada la guerra por la jornada de Mai-

pú, el gobierno de Chile convergió una gran parte de su atención al proyecto de crear una marina que pudiese arrebatar a los enemigos el dominio del mar y facilitar con el tiempo la libertad del Perú. Poseído de esta idea lisonjera, no omitió gastos para proporcionarse la compra de algunos buques; y Blanco fué destinado a organizar estas nuevas fuerzas, cuyo mando se le confirió con el grado de capitán de navío. Su natural actividad, su inteligencia y su espíritu de orden y disciplina, formaron en breve una escuadra que, aunque compuesta de sólo cuatro buques, se presentaba con un aspecto que debía llamar la atención y cuidado de los enemigos; pero la jactanciosa confianza española estaba lejos de preveer que estos elementos debían serle un día fatales.

Continuaba entre tanto el gobierno español en su errado sistema de política, y hacía salir del puerto de Cádiz una expedición de nueve transportes con tropas, convoyada por la fraga-

ta de guerra *Isabel*, con destino a reforzar el ejército del Perú. Luego que se tuvo en Chile noticia de su salida, dispuso el Gobierno se hiciese a la vela la escuadra al mando de Blanco con el objeto de atacar dicha expedición, luego que hubiese doblado el cabo de Hornos. Noticioso éste de que la fragata *Isabel* había ya ganado a Talcahuano esperando el convoy, cuyo punto de reunión había fijado su comandante en la isla de Santa María, tomó la resolución de dirigirse a dicho puerto, forzarlo y atacar la fragata en su mismo ancladero, como en efecto lo verificó, logrando después de alguna resistencia apoderarse de ella. Esta había sido varada a designio sobre la costa en donde fué sacada por los esfuerzos de Blanco, después de un trabajo de muchas horas, que en vano trató el enemigo de impedir con sus fuegos de artillería y fusilería desde tierra. Flotó al cabo y adornado con la nueva bandera dió la vela con la escuadra que a su salida saludó cortésmente la plaza. De

los nueve transportes, como cinco fueron después apresados en la isla de Santa María. La *Isabel* conducía un excelente y copioso armamento y los buques mercantes cargamentos valiosos.

De regreso a Valparaíso y a la capital fué Blanco acogido con las demostraciones de público entusiasmo que tan inesperado y glorioso suceso debía producir; y el Gobierno ayudado de la opinión pública, recompensó sus servicios con el grado de contra-almirante.

Pocos días después de este acontecimiento llegó de Inglaterra a Valparaíso Lord Cochrane, a quien el gobierno de Chile había brindado de antemano con el grado de vice-almirante y el mando de la escuadra. El cumplimiento de la promesa hecha a dicho Lord, no dejó de embarazar al Gobierno, considerando este acto como una especie de injusticia respecto de Blanco. Oponía también dificultades la fuerte adhesión que, tanto la oficialidad como la tripulación

de la escuadra, profesaban a este jefe, sentimiento que se avivó y manifestó más solemnemente con la presencia del que debía sucederle. En estas circunstancias, Blanco ofreció un ejemplo raro de desprendimiento, allanando él mismo estas dificultades con la manifestación que hizo de querer ponerse a las órdenes del ilustre marino, cuya alta opinión respetaba más que nadie. Blanco hizo después con Lord Cochrane varias campañas, una de las cuales tuvo por objeto el incendio de la escuadra española, cuya cobardía no permitía otro género de ataque; pero este intento se frustró por circunstancias que no es del caso explicar en este lugar, y la escuadra regresó a Valparaíso.

Formóse en 1821 la expedición libertadora del Perú a las órdenes del vencedor de Chacabuco y de Maipú. El Gobierno dispuso pasase Blanco a desempeñar el cargo de Jefe de Estado Mayor General en Santiago, lo que le privó del placer de seguir a sus compañeros

de gloria, que manifestaron por su separación el más profundo sentimiento.

Hallábase Blanco desempeñando este destino cuando sus émulos (que nunca faltan al mérito), lograron indisponerle con el Director O'Higgins acusándole de haberse producido privadamente en expresiones contra la autoridad de éste, que llamaba ilegal. O'Higgins, a quien las circunstancias y pérfidos consejos habían inspirado un carácter suspicaz y sombrío, tuvo la flaqueza de prestar oídos a estos infames delatores; y olvidando repentinamente los esclarecidos servicios de Blanco y los sentimientos de amistad que mediaban entre ambos, ordenó el arresto de éste, y que se le formase causa.

Este procedimiento, ajeno de todo principio legal de justicia, y contra un hombre que había dado a la patria días de gloria, irritó contra él la opinión pública. O'Higgins tuvo que retroceder delante de ésta; y aprovechando la circunstancia de la feliz nueva de la ocupación

de Lima por el ejército libertador de San Martín, mandó levantar a Blanco su arresto, sobreseer en la causa y que pasase a incorporarse a la escuadra con su antiguo empleo de contralmirante. Al arribo de Blanco a aquel destino, no halló la escuadra, pues Cochrane se había hecho a la mar de resultas de un rompimiento ocurrido entre él y el general San Martín. Este último, en virtud de facultades que tenía del Gobierno chileno, detuvo a Blanco y le confirió el mando de la escuadra peruana, el que desempeñó hasta principios del año 1823, en cuya época fué encargado por el Gobierno del Perú de una importante comisión para el de Buenos Aires. Terminada ésta de un modo satisfactorio, fué Blanco reclamado por el de Chile para ejercer las funciones de mayor general del Ejército, las que desempeñó hasta mediados del año de 1824, en que, ausente ya Cochrane, se le volvió a encargar el mando de la escuadra y se le ascendió al grado de vicealmirante.

En noviembre del mismo, apenas aprestada la primera división de la escuadra, salió con dirección a la costa de intermedios y se mantuvo al frente del puerto de Quilca, en que se hallaban reunidas todas las fuerzas de mar españolas, esperando para atacarlas la llegada de la segunda división, que desgraciadamente no pudo verificarlo. Viendo que no le era posible empeñar acción con el enemigo, atendida la superioridad de éste, no quiso al menos desaprovechar la ocasión de hostilizarle en lo que pudo; y dirigiéndose a Arica y Mollendo, en donde supo se acopiaban víveres para la escuadra española, los arrebató de dichos puntos, destruyendo lo que por la premura del tiempo no consiguió embarcar. Dirigióse de allí a formar el bloqueo del Callao con noticia que tuvo de la memorable victoria de Ayacucho, lo que sabido por Bolívar (dictador a la sazón del Perú), le ofició confiriéndole el mando en jefe de las escuadras colombiana y peruana, que debían reunirse a la chilena, según

órdenes que al efecto les había impartido. Allí practicó diferentes ataques con las lanchas de la escuadra contra las del enemigo, en lo que logró apoderarse de algunas de éstas.

Meditaba entre tanto el Gobierno de Chile arrancar a los españoles el archipiélago de Chiloé, último asilo que les quedaba; y ordenó con ese objeto al vicealmirante Blanco levantarse el bloqueo y regresase a Valparaíso con la escuadra, lo que verificó después de una campaña de once meses. En Noviembre de 1825 zarpó de este puerto la expedición libertadora de Chiloé al mando del Director Supremo Freire, la que, habiendo hecho escala en Valdivia, abordó al puerto inglés. Sus dictámenes respecto de las primeras operaciones, de cuyo acierto dependía el éxito de la expedición; su entrada en el puerto de San Carlos, en medio del fuego de las baterías, a las once del día; el ataque dado en la misma noche contra siete lanchas cañoneras enemigas fondeadas sobre el muelle y sostenidas por 200

hombres de infantería desde tierra; el apresamiento de cuatro de ellas que, tripuladas por sus bravos, fueron en seguida dirigidas contra la batería de Boquiligui, que abandonó el enemigo, dejando paso franco a las tropas patriotas, son hechos que probaran siempre la juicio y tino de sus combinaciones, como su denuedo, y que la historia recordará como causas principales en el glorioso resultado de aquella campaña.

Aproximábase la época en que debía terminar el mando supremo del general Freire, y se instaló el Congreso Constituyente que debía nombrarle sucesor y darle a Chile un código político de que carecía. El vicealmirante Blanco, fué elegido, con general aceptación, Presidente de la República; empero, la fatal suerte de Chile hizo que el Congreso, que en un principio manifestó deseos sinceros del bien público y de amor al orden, se apartase de tan noble sendero, extraviado por una facción desorganizadora, levantada de la escoria de aquel

cuerpo. Ambicioso de un poder omnímodo, sostuvo una escandalosa competencia con el Ejecutivo; y ni el más ascendrado patriotismo, ni las ideas más encaminadas al bien común, ni el desinterés y probidad del nuevo gobernante, fueron parte a atajar estas ruidosas hostilidades. Se le coartaban las facultades más legales, y se ponían trabas a todos los actos de una administración regida por los principios más liberales. En estas circunstancias, no pudiendo ni obrar el bien, ni impedir el torrente de males que debía al fin atraer sobre la patria la conducta de sus legisladores, hizo su renuncia en los términos más enérgicos y decorosos. Admitióla el Congreso y llamó al vicepresidente para subrogarle.

El Congreso se disolvió al cabo sin llenar su objeto, y fué necesario convocar a un otro Congreso Constituyente, que dió al país una constitución inadaptable a sus circunstancias, y en que, entre otros errores, consagró el nacimiento como prenda esencial para los desti-

nos de Presidente, Vicepresidente y Ministros del despacho. Estas mezquinas restricciones asombraron tanto más a los hombres juiciosos cuanto fueron de los que se apellidaban *liberales* por antonomasia.

Por efecto de esta ley el ex-presidente Blando ha quedado privado en la actualidad de poder optar ni aún a la plaza de Ministro, en un país en cuya gloria e independencia ha tenido tan gran parte por sus eminentes servicios.

El vicealmirante Blanco reúne a sus demás prendas las de un exterior agradable, un trato franco y fino, una mente ilustrada y un patriotismo verdadero y sin exageración.

Tal es el bosquejo que nos hemos permitido trazar de un hombre a quien la opinión señala como uno de los más distinguidos que ha producido la revolución americana.

VENTURA BLANCO ENCALADA.

CARTA DEL ALMIRANTE BLANCO

AL DIRECTOR O'HIGGINS DESPUÉS DE LA
CAPTURA DE LA «MARÍA ISABEL»

Señor Don Bernardo O'Higgins:

Navío *General San Martín*, a la ancla en el puerto de la isla de Santa María, 5 de Noviembre de 1818:

Mi venerado General: Con mi ayudante de órdenes remití a V. E. el sombrero y espada que se me dijo eran del Comandante de la fragata *María Isabel*, felicitándome de haber podido cumplir a V. E. mi palabra, y unas cruces de Isabel la Católica y Luis XVIII, que

se han encontrado en la fragata. Remito igualmente un juguete bastante curioso para la señorita Rosita. Yo felicito a V. E. (por) nuestro feliz ensayo como autor de esta obra y a mí mismo por haber podido corresponder de algún modo a la confianza con que V. E. me honró.

Espero con ansias la llegada de los transportes que faltan para dirigirme a Valparaíso, los que pienso esperar hasta el 20, pues si a esta fecha no han llegado, creo que no lo verificarán jamás; pero dejando la corbeta y bergantín sobre Talcahuano. Espero que a mi arribo a Valparaíso tendré algunos marineros más que V. E. me hará enganchar y doscientos jóvenes del país para dotación de la *Isabel*, pues no debo permanecer quince días fondeado, si queremos lograr perfectamente y muy pronto la destrucción de la marina de Lima (falta un trozo en la nota original) aumento considerable de la nuestra (falta otro trozo) cuanto tengo que decir a V. E.,

mientras tanto llega el momento de felicitar su persona.

Su súbdito y obediente servidor q. s. m. b.

Exmo. señor.—*Manuel Blanco y Encalada.*

CONTESTACION DEL VICEALMIRANTE BLANCO ENCALADA

A LA VINDICACIÓN APOLOGÉTICA DEL
CAPITÁN WOOSTER

El autor de la *Vindicación apologética del capitán Wooster*, inserta en el núm. 37 del «Barómetro de Chile», me obliga a tomar la pluma contra mi natural pereza para este ejercicio y la repugnancia que siempre me acompaña de ocupar al público de mi persona. Pude desentenderme del manifiesto publicado por el señor don P. F. V. porque su apoyo sólo está en una carta escrita desde aquí a otro individuo en Estados Unidos, y los hechos de

que hace mérito, son bien conocidos en el país; por lo tanto no me creí en la obligación de rectificarlos. Pero callar después que este señor ha creído que no podía elevar los servicios de su amigo, sin reducirme a un estado de nulidad en mi primera campaña con la escuadra de Chile, ocupándose en hacer un paralelo que está fuera del alcance de su saber, y ofendiendo gratuitamente y con ignorancia un cuerpo ilustre en todo tiempo por sus conocimientos científicos: callar, repito, en estas circunstancias sería confirmar la idea que se ha propuesto el apologista.

Dice este señor, «que se me confirió el mando en jefe de la escuadra en la primera expedición, como a un distinguido militar que había prestado importantes servicios en los ejércitos de tierra; pero que como marino compararme con Wooster es una necedad, de que me habré reído recordando la corta graduación que tuve en la marina española, el poco tiempo que en ella permanecí y los ningunos

conocimientos que podía adquirir en aquella escuela, considerada como la más nula e insignificante de toda Europa». Pregunto ¿el gobierno de Chile, al confiarme el mando en jefe de una escuadra que tantos sacrificios costó al estado, en la cual se cifraban las esperanzas de los patriotas y los destinos no sólo de Chile, sino de la América del Sur, no vió en mí más que un distinguido militar de tierra? Jefes muy bravos y de relevantes servicios con superior graduación había en el ejército que debieron en este caso ocupar aquel puesto con preferencia a mí que, muy joven entonces, sólo era teniente-coronel de artillería. Este señor me hace la justicia de confesar que mis servicios fueron importantes en los ejércitos de tierra; pero ¿por qué, penetrado de igual sentimiento, no me concede la capacidad necesaria para llenar las funciones con que el gobierno tuvo a bien honrarme confiriéndome el mando de la escuadra? Pero, ya se ve: ¡la escuela era nula e insignificante! La escuela

que produjo los Juanes, los Ulloas, los Mazarredos, los Mendozas!!! Es cierto que sólo serví seis años en la marina española; pero al abandonarla para venir a ofrecer mis débiles esfuerzos en favor de la independencia de mi patria, traía estudios hechos de mi facultad y la honra de haberme hallado en clase de guardiamarina en el combate contra la escuadra francesa en Cádiz; servicio por el cual fuí ascendido al grado de alférez de fragata. Sin embargo, estoy distante de pretender que en aquella época poseyese la experiencia de mar que da el ejercicio de muchos años; pero la poca que había adquirido, y los conocimientos científicos y teóricos de la profesión unidos al empeño y aplicación con que siempre me he esforzado en llenar los cargos que se me han confiado, sin echar en olvido aquellos sentimientos de ambición a la gloria tan naturales en un joven militar, bastaron para desempeñarme sin necesidad de mendigar ajenos conocimientos, y sin que nadie pueda va-

nagloriarse de haber sido mi mentor; mucho menos quien nunca estuvo cerca de mi persona. El general Miller en sus Memorias, tomo 1.º, pág. 167, después de hablar de la composición heterogénea de la oficialidad y tripulación de la escuadra y de los fatales pronósticos que se hacían, dice así—«pero el jefe de la escuadra era un joven, que a pesar de un cierto aire que disgusta a primera vista, poseía afortunadamente las cualidades necesarias para establecer la unión, la armonía y el buen orden, cualidades de más importancia en aquellas circunstancias que una gran destreza práctica». Esto y los documentos relativos a aquella campaña insertos en la *Gaceta Ministerial* de aquella época, y que se acompañan al fin, prueban que no fuí un mero espectador. La sencilla y fiel narración de éstos, y las circunstancias, de que jamás han sido contradichos y de haber sido escritos a presencia de todos los interesados sin que na-

die se me insinuase como agraviado, sea por olvido de un hecho personal o por apropiarme méritos de otro, impedirán que jamás se me defraude de la parte de gloria que me cupo como jefe de la expedición. Se verá también la facilidad con que la fragata *María Isabel* salió del punto donde estaba encallada, y que si hubo mérito en esto, se debió al capitán Wilkinson del navío *San Martín* que se hallaba en ella desde las seis de la mañana, por orden mía, para dirigir los trabajos. Creo de mi deber y de mi honor esclarecer este hecho y no permitir que se usurpe una parte principal de los servicios que este jefe distinguido prestó a la patria en todas ocasiones. En la isla de Santa María le di el mando de la fragata *Isabel* al capitán Wooster, cumpliendo con la oferta que le hice, para este caso, antes de dar la vela de Valparaíso, y aunque no hago mención de ello en mi parte, los mismos sucesos lo comprueban—Veamos lo que dice Miller en sus Memorias, tomo 1.º,

pág. 174: «Poco después y con la mayor dificultad levó el ancla el *San Martín*, pues el capitán Wilkinson y la mayor parte de los oficiales y de la tripulación estaba a bordo de la fragata expresada, y los que quedaban se hallaban rendidos absolutamente por la excesiva fatiga y falta de descanso en las cuarenta y ocho horas anteriores. Para aumentar las dificultades, tocó el navío en un banco de arena, donde sólo había dos brazas y media de agua. En tal situación lo aligeraron sacando la aguada y soltando todo el aparejo, pasó el banco y entró en mayor fondo». Esta es la varada de que tanto mérito se hace en el manifiesto y por el apologista. Por la relación que acabamos de leer se conocerá su poca importancia. Aunque Miller no nombra al capitán Wooster en aquellos momentos, sin duda porque consideró este servicio de poca monta, yo debo hacerlo para satisfacción de sus amigos, bien que no encuentren en él aquella magnitud que desean. Pasando el na-

vío por el filo del banco, se encontró detenido por el centro, manteniendo un pequeño movimiento giratorio; en el momento hice arriar y cargar las gavias, se echó el bote al agua, y el primer teniente del navío fué a sondar por la proa, para reconocer si había mayor fondo, y se vaciaron algunas pipas de agua; durante este intervalo, el capitán Wooster que seguía las aguas del navío, con la *Lautaro*, arribó y dejó caer el ancla. Pasó a bordo del navío y en el momento que se me presentó le dije: *Tome Ud. el mando del buque, aquí nadie me entiende.* Al poco rato volvió el primer teniente del navío diciéndonos que era de opinión que se largasen las velas porque había más agua a proa, y conviniendo con lo que decía, se cazaron las gavias, se descargó el trinquete, y el navío salió. Esta maniobra fué mandada por el capitán Wooster que continuó algún tiempo después en el navío. En esa misma noche me encontré en mayores conflictos, agravados aun por la imposibilidad de hacerme entender de

los marineros. Miller lo explica en estos términos: «El único oficial de la escuadra que había a bordo, exceptuando el jefe de la escuadra, era el primer teniente Ramsay, que el día anterior había quedado sordo por los efectos del fuego, y estaba tan ronco que con dificultad podía hacerse oír; y como Blanco no sabía el inglés, no le era posible dar órdenes por sí mismo a los marineros extranjeros. Miller, el cirujano Green y el contador eran las únicas personas capaces de comunicar una orden; pero como ninguno de ellos entendía la maniobra, llegaron las circunstancias a ser verdaderamente aflictivas». A pesar de estos nuevos peligros que detalla con exactitud el general Miller, y del embarazo en que me encontraba, se logró superar al cabo tantas dificultades, y conseguí reunirme a la *Isabel* al día siguiente.

Otro error se advierte en el manifiesto de Wooster cuando dice: que apresó siete transportes y los condujo al puerto. El segundo

parte dado a mi llegada a Valparaíso ilustrará al señor don P. F. V. que no fueron más que tres, y tomados por la escuadra; los dos restantes los apresó la *Chacabuco* mandada por el capitán Díaz, como consta por el parte del capitán del puerto.

A los pocos días de mi llegada a Valparaíso, llegó el Lord Cochrane, a quien se había hecho venir de Inglaterra para darle el mando en jefe de la escuadra. El gobierno, en aquel momento, se encontró vacilante sobre la conducta que debía observar, y luchando entre los compromisos contraídos con éste, y la injusticia que creía cometer separándome del mando en jefe de una escuadra a cuya creación había yo contribuído, y con la cual, en su primer ensayo, había asegurado el dominio del Pacífico, arrastrado sin duda por sus sentimientos en mi favor, me ordenó dar la vela para las costas del Perú, en el término de ocho días, salvando de este modo los compromisos del momento. Todos los capitanes (y el señor

Wooster el primero) y los oficiales de la escuadra, se me habían presentado manifestando su repugnancia a ponerse a las órdenes de Cochrane y sus deseos de seguir sirviendo a las mías. Sin embargo, deseoso por mi parte de sacar al gobierno de la penosa fluctuación en que se hallaba, y satisfecha mi ambición con la honra de servir a las órdenes de un jefe por tantos títulos ilustre, declaré a dichos capitanes y oficiales que mi resolución estaba tomada; que iba a ponerme en marcha para la capital a suplicar al gobierno se sirviese dar el mando de la escuadra al Lord Cochrane: mando de que yo me desistía gustoso por las circunstancias embarazosas que afligían a aquél; y también por el respeto que me inspiraba la incontestable superioridad de este insigne marino. Supliquéles, al mismo tiempo, a nombre de esa amistad y cariño que me manifestaban, no dieran la menor muestra de oposición a mi resolución. Así lo hice y puedo añadir que tanto el gobierno como el general

San Martín, se sorprendieron de mi desprendimiento.

Se dió el mando en jefe de la escuadra al Lord Cochrane y yo quedé de su segundo. El Director O'Higgins, sus ministros en aquel tiempo, los señores Zenteno e Irisarri, el general San Martín y Miller, que me servía de intérprete en las conferencias con los capitanes y oficiales, pueden deponer sobre la verdad de este hecho. El mismo Cochrane lo supo, y fué un principio favorable de la amistad y atención que me dispensó todo el tiempo que estuvimos juntos en la escuadra. Jamás este jefe, en todos los casos en que tuve que obrar por separado con mi división, me dió otras órdenes que ésta: *almirante Blanco, el objeto que me propongo es tal cosa; opere Ud. como le pareciere.*

El capitán Wooster volvió a tomar el mando de la *Lautaro*, porque Cochrane montó la *María Isabel*; y en los momentos en que la escuadra daba la vela para el Callao, se pre-

sentó a bordo del almirante, estando yo presente, y le dijo *que él no estaba listo en aquel instante, y que no podía levar el ancla hasta el día siguiente*. Cochrane le contestó que las órdenes que él daba debían cumplirse. Wooster renunció y se dió el mando de su buque al capitán Guise.

El año veinticuatro el gobierno determinó armar la escuadra por la noticia de que fuerzas superiores españolas venían a estos mares, y me nombró nuevamente comandante en jefe de ella, ascendiéndome al grado de vicealmirante, último de la carrera.

A mi llegada a Valparaíso me encontré con Wooster que había sido incorporado al servicio en el año veintidós, y que después de haber concluído con la comisión que se le confió en aquel tiempo, desarmado su buque, había quedado sin destino y con sólo su empleo de capitán de fragata. Le propuse entonces al gobierno a fin de que se le diese el mando de

la *Lautaro*, y por mi recomendación obtuvo el grado de capitán de navío.

De la campaña de Chilóé en el año veinticinco no me ocupara, a pesar de que en el manifiesto quiere darse a entender que Wooster iba de jefe de la escuadra; porque aunque se dice que el *Aguiles* llevaba la bandera de almirante, no se explica la razón, y por otra parte en la lista de los oficiales extranjeros está puesto como contralmirante y comandante en jefe en el Mar del Sud desde el año veintidós. ¡Rara equivocación por cierto! Pero no puedo prescindir de hablar de la carta que se encuentra en el manifiesto dirigida a Wooster por un ciudadano respetable que ha ocupado la primera magistratura, y cuyos asertos deben ser considerados tanto más poderosos. El señor Vicuña, cediendo en aquellos momentos a los impulsos de una tierna amistad, ocupado su corazón de sólo su amigo, dejó correr su pluma tal vez con sobrada inconsideración, sin advertir que con unos elogios tan exagera-

dos y exclusivos, ajaba el mérito, no sólo del jefe de la escuadra, sino de los bravos capitanes Cobbet, Postigo y Winter que participaron, como Wooster, de los mismos peligros y prestaron iguales servicios. En el parte que el Director Freire dió de esa campaña y en una Memoria que se publicó después están detallados; pero creo oportuno recordar los que tocan a la escuadra y publicar algunos que entonces se omitieron.

Nos hallábamos en el Puerto de Valdivia, y prontos para seguir nuestro destino a Chiloé, sin que el Director me dijese una sola palabra sobre el plan de campaña que se proponía ejecutar. Me dirigí al general Borgoño, como jefe del Estado Mayor del ejército y le pregunté si sabía lo que el Director Freire pensaba a este respecto. Me contestó que nada sabía tampoco, y me instó para que se lo preguntase a él mismo; así lo verifiqué en primera oportunidad. El plan del Director era dirigirse en derechura al puerto de San Carlos y

entrar a toda costa con la escuadra y transportes, para ejecutar su desembarco cerca de la ciudad. Conferenciando particularmente con el general Borgoño sobre lo aventurado de esta operación, en un puerto bien fortificado y de fuertes corrientes y bancos con unos transportes excesivamente empachados, algunos pesados y faltos de tripulación; convinimos en que sería más prudente desembarcar en el Inglés, y que el ejército marchase por tierra hasta Balcacura, mientras que yo con sólo los buques de guerra forzaría la entrada del puerto de San Carlos, para transportarle a la costa del frente. Este plan fué propuesto al Director que lo aceptó gustoso; y desde ese momento el general Borgoño se ocupó en dar las órdenes a los comandantes de los cuerpos, detallando la forma en que debían desembarcar.

En la tarde del 9 de enero, que fondeamos en el Puerto Inglés, soplabá el viento del norte bastante fresco. El Director Freire, por un arranque de valor, y sin calcular los inconve-

nientes, abandonando repentinamente el plan ya convenido, me dice: *Almirante Blanco, vámonos adentro del puerto de San Carlos*. Le repliqué, haciéndole ver que era una operación aventurada, que comprometía la suerte de la expedición, y que el plan convenido no ofreciendo ningún obstáculo, creía imprudente variarle. Insistí en esta resolución y convocados los capitanes de la escuadra, cada uno se creyó honor suyo opinar por la entrada al puerto; lo que inflamó más al Director. Reunidos después al consejo de guerra todos los coroneles y comandantes de los cuerpos, tomé la palabra para apoyar mi opinión. El Director Freire interpeló nuevamente a los capitanes de la escuadra, y Wooster, el primero, opinó porque se podía entrar. Interrogado por mí si respondía de los resultados de esta operación, me contestó: *yo respondo del «Aquiles»*. Entonces le repliqué, que pues yo era responsable en el todo de las operaciones en la mar y veía comprometida en aquella resolución la

suerte de la expedición, me oponía a ella. El Director parecía desconfiar de que los buques de guerra entrasen en el puerto al tiempo oportuno, ya por falta de viento o por tenerlo contrario. Para tranquilizarlo sobre este particular le aseguré que entraría de cualquier modo, o me echarían a pique; y que si no cumplía mi palabra me mandase fusilar. El general Borgoño y coronel Beauchef tomaron la palabra apoyando mi dictamen, y a su ejemplo se decidió la pluralidad del consejo. Los resultados probaron después el tino y circunspección de esta medida.

El ejército desembarcó en el puerto Inglés el día 10, y al siguiente por la mañana entré en el de San Carlos con el *Aquiles*, *Independencia*, *Chacabuco* y *Galvarino*; y la causa de que en esta operación sufriese más el *Aquiles*, fué porque yo lo montaba y mi insignia de almirante ondeaba al tope mayor de dicho buque, que reconocida por los enemigos dirigían sus fuegos con preferencia sobre él. Poco

tiempo después los botes de la escuadra tomaron una lancha del enemigo. En este día el Director con todo el ejército llegó a Balacura, y el día 13 fué transportado a la costa del frente por las lanchas y botes. Confié esta operación al capitán Wooster que me servía en aquel momento de capitán de bandera. En la tarde salté a tierra para combinar con el Director y el general Borgoño las operaciones que se debían practicar: como el ejército no podía emprender su marcha más que por la costa, el Director me manifestó el temor, muy fundado, de que pudiese ser incomodado por las lanchas enemigas; las que, después de frustrada su resistencia a mi entrada al puerto, se retiraron al muelle bajo batería y protegidas por trescientos hombres de infantería que estaban en aquel punto. Mi contestación al Director fué: *yo las atacaré esta noche con los botes de la escuadra, y me avanso a ofrecer a Ud. por lo menos dos de ellas.* El Director me respondió: *Con una me contento.* La confianza

anticipada con que yo hablaba nacía del conocimiento del valor de los oficiales y tripulaciones de la escuadra, y de que la experiencia me ha enseñado que los golpes de mano más atrevidos son los menos esperados, y por lo tanto los que tienen mejor resultado, pues igual empresa ejecuté con suceso en el bloqueo del Callao, con los botes de la *María Isabel* mandados por el capitán Simpson, a pesar de la mayor oposición y de la vigilancia del gobernador Rodil. En efecto, me regresé a bordo de la *Isabel* que se hallaba ya en el puerto, y a las oraciones hice la señal a los buques de guerra de mandar a mi bordo todos los botes armados y tripulados con oficial: así lo hicieron, les declaré el servicio a que eran destinados, exhorté su valor y di el mando de ellos al valiente capitán Bell, a quien di mis instrucciones.

A las doce de la noche desatracaron de la *Isabel*, y a las tres de la mañana abordaron y tomaron tres lanchas, escapando las tres res-

tantes a favor de la obscuridad. Al romper el día el ejército reconoció el triunfo de los botes que traían a remolque sus presas, y los gritos de *¡viva la marina!* se repitieron en él.

Luego que las lanchas apresadas llegaron a mi bordo, me ocupé en dotarlas y tripularlas, igualmente que a la tomada anteriormente, para atacar el castillo de Puquilligüe que detenía la marcha del ejército, y que reconocí débil por la parte del mar. En esta ocupación me encontró don Pedro Palazuelos y Astaburuaga, secretario general del Director, enviado por éste para informarme de su parte que la posición de Puquilligüe era inexpugnable por tierra, y que deseaba nos viésemos para acordar lo que se debía hacer, pues creía encontrarse en la necesidad de embarcar ochocientos hombres, en las lanchas que yo había tomado al enemigo, y ejecutar un desembarco en el muelle de San Carlos. Le contesté: *voy a practicar una operación, que si no tiene feli-*

ces resultados, me iré con Ud. a donde está el Director Freire; mientras tanto permanezca Ud. a mi bordo.

Listas las lanchas, atacé el castillo de Puquilligüe; y el general Borgoño, que conoció en el momento la importancia del ataque, después de hacer presente al general en jefe la necesidad de cooperar a esta operación, tomó las cuatro piezas de artillería volante que tenía y atacó con vigor el frente de la posición. Los resultados fueron la toma de ella, y por consiguiente quedó allanado el camino para dirigirse al enemigo, que se hallaba con todas sus fuerzas en las alturas de Bellavista. Hasta aquí los servicios de la escuadra: lo demás pertenece al ejército, el que repetía entonces y lo dirá siempre: *la marina nos abrió las puertas de la victoria.* He concluído mi relación. De la campaña de Talcahuano, presento los documentos, y por lo que hace a la de Chiloé, hablo en presencia de los generales Borgoño y Aldunate, coroneles Beauchef y Frutos, co-

mandante Godoy, don Pedro Palazuelos y de todos cuantos tuvieron la honra de hallarse en tan gloriosa empresa. No temo ser desmentido. Jamás me he vanagloriado de ciertos hechos, de que nunca se hizo mención, y que sólo ahora publico, atacado en la propiedad más sagrada, y que a costa de su vida debe sostener un militar—la reputación que sus servicios le han granjeado.

Santiago, julio 18 de 1836.

MANUEL BLANCO ENCALADA.

DOCUMENTOS

Parte que da el comandante de la primera división de la escuadra de Chile, capitán de navío don Manuel Blanco Encalada, a S. E. el Supremo Director del Estado.

Exmo. Sr.—El día 10 del próximo pasado dí la vela del puerto de Valparaíso con la escuadra de mi man-

do compuesta del navío *General San Martín*, de sesenta cañones; la fragata *Lautaro*, de cuarenta y seis; corbeta *Chacabuco*, de veinte; y el bergantín *Araucano*, de diez y seis. El viento era del S. E.: tomé la vuelta del O. hasta perder la tierra de vista, según las últimas órdenes de V. E., lo que se verificó al día siguiente. A las once del día abrí el pliego cerrado que llevaba para este caso, y enterado de la comisión que V. E. se dignaba conferirme, dirigí mi derrota a la isla de la Mocha; pero calculando que el convoy enemigo traía una navegación larga, me resolví a hacer la mía cruzando la derrota que debería traer si continuaba para Lima. Es verdad que de este modo la dilataba un poco más; pero lograba dos objetos: el primero, muy probable, de encontrar el convoy; y el segundo, el tener tiempo suficiente para poner toda la escuadra en el mejor estado para batirse, lo que puedo asegurar a V. E. que trabajando noche y día lo hemos logrado a los quince de nuestra salida. El catorce, en la noche, se me separó la corbeta *Chacabuco*, ignorando hasta el treinta y uno, que se me reunió, la causa que lo motivó. El veinte y seis, a las doce del día me hallaba en el paralelo de Talcahuano, distante diez o doce leguas del puerto. A la misma hora di la orden al bergantín *Araucano* fuese a reconocer si había en él algunas

embarcaciones y la clase de ellas, reuniéndose luego que cumpliese su comisión a la escuadra que debía esperarlo en la isla de Santa María. A las siete de la tarde me puse sobre dicha isla, y tratando de buscar el fondeadero avistamos una fragata que se hallaba fondeada, la que tuvimos por enemiga; pero entró la noche y no pudimos reconocer más. Sin embargo, con la ventolina que tenía del N. me determiné ir a fondear cerca de ella y esperar que amaneciera, lo que ejecuté a las tres de la mañana. Al amanecer del veinte y siete reconocimos ser una fragata inglesa ballenera que hacía diez días estaba en la isla. Nos dijo que una fragata de guerra española, llamada *María Isabel*, había pasado para Talcahuano el día veinte y dos, dejando cinco hombres en tierra, los cuales creyéndonos buques del convoy, pues teníamos arbolada la bandera española, se vinieron a bordo trayéndome un pliego cerrado del comandante de la *María Isabel*, el que contenía una orden para todos los capitanes de los transportes para que fuesen inmediatamente al puerto de Talcahuano, dándoles las señales que les debía hacer, sin las cuales les advertía no entrar. Por estos cinco hombres supe que llegaron antes que la fragata, cuatro transportes que echaron la gente en tierra, y que se hallaban en Concepción a las órdenes

de Sánchez. Me dijeron también que por Arauco tenían noticia que habían llegado cuatro más. Con estas noticias no vacilé un momento, me dirigí sobre Talcahuano con ánimo resuelto de batir la fragata y todas las embarcaciones en su mismo fondeadero. Sentía en aquellos momentos haber separado el bergantín *Araucano* y mucho más la falta de la corbeta *Chacabuco*. Pero ambicioso de que la marina de Chile señalase la época de su nacimiento por la de su gloria, resolví sacrificarme por ella en este día, o ponerla de un golpe a un grado de elevación que los ojos de la Europa alcancen a distinguirla. Hice venir a bordo al comandante de la fragata *Lautaro*: le dije mis intenciones, y juntando al comandante del navío les manifesté mi plan de ataque y aprobado por ellos no pensé más que en ejecutarlo. A las ocho de la noche nos hallábamos frente de la Quiriquina y en calma. Así pasamos la noche. Amaneció el veintiocho con ventolina del norte y mucha cerrazón: tomé la vuelta de afuera hasta las ocho en que el viento se entabló del norte y el horizonte se despejó, y viré por avante en busca del puerto. A las once de la mañana avistamos por la Boca Chica la fragata de guerra, que tiró un cañonazo y puso una bandera encarnada al tope mayor: le contesté con otro y la bandera inglesa. A las doce doblé la punta

N. de la Quiriquina y amollé en popa sobre el puerto, y reconocimos que la fragata estaba sola. Poco antes de enfrentar la punta de Arenas afirmó su bandera española, le contesté con otro cañonazo manteniendo la bandera inglesa, y cargué el trinquete: luego que me puse a tiro de cañón me dirigió un tiro con bala, que no contesté y aferré los juanetes. A los dos o tres minutos me tiró cuatro o cinco balazos; al momento hice arriar la bandera inglesa e izar la nacional de Chile, sin disparar un solo tiro, y le puse la proa; manifestándole unas intenciones más atrevidas. Al poco rato nos descargó todo su costado, picó los cables, izó el foque, cazó la sobremesana, y se fué a varar a la playa. Pero la tenía tan cerca que desde su popa rompieron el fuego de fusilería. Entonces di la orden al comandante del navío de fondear y romper el fuego, lo que ejecutó con la mayor brevedad, dándole una descarga en la orzada. Inmediatamente le di la orden a la *Lautaro*, que seguía las aguas del navío, de virar por redondo y hacer la misma maniobra, lo que ejecutó con igual destreza; y la fragata *Reina María Isabel* arrió su bandera española, arrojándose al agua mucha parte de su tripulación que no pudieron alcanzar los botes. Inmediatamente envié a su bordo a los tenientes de marina don Nataniel Bell y don Guillermo Santiago

Compton con 50 marineros para tomar posesión y tratar de sacarla. Había a bordo 70 hombres y un teniente del regimiento de Cantabria y 5 pasajeros; los que me informaron que Sánchez tenía 1,000 hombres veteranos y 7 piezas de artillería en Concepción, lo que me hizo determinar a desembarcar 150 soldados de marina y algunos artilleros al mando de sus oficiales a tomar la posición que me dijeron ser ventajosa en el portón de la plaza, con el objeto de evitar envasen de Concepción algunas fuerzas de artillería y me impidiesen sacar la fragata que estaba varada a tiro de piedra de la playa; pero con la orden de retirarse si acaso eran atacados por una fuerza superior, teniendo los botes listos al cargo de un oficial de marina para su reembarco. A la media hora de haber saltado en tierra, y antes de llegar al punto señalado, los veo atacados por una fuerza muy superior, y tuve el mayor placer de ver batir los soldados de marina y artilleros con un valor sin igual, sosteniéndose mutuamente en su reembarco animados por sus valientes oficiales. El navío y fragata *Lautaro* no podían hacer ningún fuego sin ofender a nuestros mismos soldados que se hallaban casi por medio, pero la *Maria Isabel* lo hacía con sus cañones de proa a metralla. Siguió la noche y el viento refrescaba más del N., y tanto que me hacía perder

la esperanza de sacar la fragata. A las 12 de la noche empezó a llover bastante: a las 2 escampó y el viento quedó casi en calma. De las 2 y media a 3 de la mañana, trataron de abordarla con tres lanchas que tenían en tierra, las que fueron rechazadas del mismo costado, pues había 70 hombres de tropa a bordo. Persuadido de que durante la noche pondrían sus baterías para batirnos al amanecer, me determiné a sostenerla a toda costa. Ordené al comandante del navío tender un anclote sobre tierra para cobrarse por él y ponernos por la aleta de la *Isabel* a medio tiro de cañón de la playa: así lo verificó con la mayor prontitud, y amanecimos en esta situación, que vista por la marinería y tropa que estaban en la *María Isabel* recibieron nuevo valor. Los enemigos tenían su infantería a cubierto con las mismas casas del pueblo por la proa de la fragata. A las 5 de la mañana rompieron el fuego de fusilería sobre ella, que les contestaba del mismo modo, y a más con los dos cañones de proa. A las 6 empezaron el de su artillería colocada en el castillo de San Agustín, dirigiendo todos sus tiros al navío y botes que trabajaban. El primero recibió en su casco trece balazos, pero ninguno de consideración. En retorno el navío, la *Lautaro* y *María Isabel* hacían un fuego tan acertado que sofocaban los suyos y les obligaban a

callar inutilizándoles dos piezas. A las 11 de la mañana el viento vino del sur bastante fresquito. En la *María Isabel*, que no esperaban otra cosa, dejando las armas de la mano, acudieron todos a la maniobra: cazó la sobremesana y perico; y haciendo por el anclote, que tenía por su popa, consiguió salir. No puede V. E. imaginarse la sorpresa que causó a los enemigos, pues el fuego cesó de repente, y unos y otros no hacíamos más que mirar la fragata hasta que el grito de *viva la Patria!* resonó en todas las embarcaciones al mismo tiempo; pero los enemigos no interrumpieron su silencio, pues no volvieron a tirar más que un solo tiro. Inmediatamente piqué el anclote que tenía sobre tierra, dejándome caer sobre el ancla, quedando de este modo, aunque no fuera de tiro de cañón, sí bastante distante.

A las 3 de la tarde dí la vela con destino a esta isla, saludando a la plaza con 21 cañonazos. El 31 a las 4 de la tarde fondeé en este punto, en donde espero ó transportes que faltan del convoy, pues si no han arribado al Río Janeiro, deben venir aquí forzosamente. Cuatro de ellos han pasado para Lima, y no ocho como se me dijo al principio. La corbeta *Chacabuco* la mantengo cruzando sobre la Quiriquina.

Este ha sido el ensayo de la marina de Chile, obra

de V. E.—Espero que en lo sucesivo ella sabrá merecer más y más la confianza y amor de los pueblos, que prestan sus sacrificios para sostenerla.

Pocas veces se presentará una acción más a propósito para conocer el mérito particular de cada individuo: en ésta todo oficial ha tenido que dar pruebas nada equívocas de su valor, conocimiento y actividad. Yo los recomiendo a V. E. incluyendo sus nombres, en particular los comandantes y capitanes de fragata don Guillermo Wilkinson y don Carlos Wooster. Ellos han establecido la mejor disciplina en sus respectivas embarcaciones, han mostrado su valor ejecutando las maniobras que les ordenaba con la mayor prontitud y perfección; no perdonando sacrificio por lograr el más feliz éxito de la empresa. A los tenientes de marina don Nataniel Bell, don Guillermo Santiago Compton, don Santiago Ramsay, don Agustín Beson, don Federico Bergman, el capitán de artillería graduado de mayor don Guillermo Miller, los de infantería de marina don Juan Young, don Agustín Soto y mi primer ayudante de órdenes el teniente de marina graduado mayor don Martín Warnes, todos del navío *General San Martín*. A los teniente de marina de la fragata *Lautaro* don Juan Helly, don Ricardo Peasson, don Santiago Huthinson, don Guillermo Winter, don Gui

lhermo Malozo, Mathews, el piloto, don Juan Lacoson, al capitán de artillería don Juan Mannis, teniente de infantería de marina don Francisco Arias con toda la tripulación y tropa de ambas embarcaciones que son acreedores a las gracias de la patria. Por nuestra parte sólo hemos tenido 27 muertos y 22 heridos.

Dios guarde a V. E. muchos años. Navío *General San Martín* a la ancla en el puerto de la isla de Santa María, a 5 de noviembre de 1818.

Exmo. Sr.—*Manuel Blanco Encalada*.—Exmo. Sr. Supremo Director del Estado de Chile.

Parte que comunica al señor Ministro de Guerra y Marina el capitán de navío don Manuel Blanco Encalada, comandante en jefe de la primera división de nuestra Escuadra Nacional.

En este momento que son las 11 de la mañana, acabo de fondear en este puerto con la escuadra de mi mando, la fragata *Reina María Isabel*, y tres transportes más del convoy enemigo, que conducían desde Cádiz 606 soldados, y 36 oficiales, de los cuales han muerto en la navegación 213 de los primeros, teniendo enfermos 277, y sólo el pequeño resto sanos, pero moribundos de necesidad.—Dichos transportes son las fragatas *Dolores*, *Magdalena* y *Helena*, que fueron

tomadas en los días 11, 12 y 14 del presente en el puerto de la isla de Santa María donde se dirigían creyéndonos sus compañeros, pues desde el momento que avistaba una embarcación izaba la bandera española, y la *María Isabel* les pedía el número, el que daban en el momento viniéndose a fondear a nuestro costado, en que eran desengañados por un cañonazo con bala y la bandera nacional.—Al bergantín de guerra *Galvarino*, que había llegado el día anterior, me ví en la precisión de detenerlo por la falta de marineros para tripular las presas ordenándole lo hiciese en la primera.—El bergantín de guerra *Intrépido* de las Provincias Unidas del Río de la Plata, se me incorporó el 12 a poco rato después de haber hecho la segunda presa. Como su capitán se puso bajo mis órdenes, le dí también la de tripular dicha presa, ejecutándolo el navío en la tercera.—El día 14 a las 8 de la noche dejé la isla de Santa María: al amanecer estuve con la corbeta *Chacabuco* que cruzaba sobre la Quiriquina, la cual recibió la orden de dirigirse a la dicha isla y permanecer en ella hasta el 30 del presente mes, si no llegan antes los tres transportes que faltan, que infiero hayan arribado o perecido en la mar según el estado en que han llegado los que tengo el honor de ofrecer a la disposición de V. S.—Dios guarde a V. S. muchos años. Na-

vío *San Martín* a la ancla en el puerto de Valparaíso 17 de noviembre de 1818.—*Manuel Blanco Encalada*.—Señor Ministro de la Guerra y despacho de Marina.

Parte que comunica el señor gobernador de Valparaíso al señor Ministro de Guerra y Marina.

Ha fondeado en este instante la corbeta de guerra nacional denominada *Chacabuco* y dos fragatas más españolas, últimos restos del convoy. El parte de la capitanía del puerto es como sigue—

Señor gobernador—Va a fondear la corbeta del estado, *Chacabuco*, su comandante don Francisco Díaz, que conduce 2 fragatas españolas prisioneras, restos del convoy español. Son 2 transportes: la una se llama *Rosalía* y la otra la *Carlota*. Ambas salieron de Cádiz bajo la escolta de la fragata *Reina María Isabel*, y conducen las dos 140 hombres de tropa.—Capitanía del puerto y noviembre 22 de 1818.—*Juan José Tortel*.—Señor gobernador de la plaza.

Tengo el honor de transcribirlo a V. S. para su conocimiento y el del señor Supremo Director.—Dios guarde a V. S. muchos años. Valparaíso noviembre 22 de 1818.—*Luis de la Cruz*.—Señor Ministro de estado en los departamentos de Guerra y Marina, coronel don José Ignacio Zenteno.—(GACETA MINISTERIAL.)

BLANCO Y COCHRANE

(PUBLICADO EN «EL MERCURIO» DE VALPARAÍSO EL
18 DE SEPTIEMBRE DE 1848)

Naves, alzad las flámulas hermosas
envueltas en las nubes majestuosas
del humo del cañón.

Conmemorando los gloriosos días
en que Chile lanzó a las hondas frías,
en leño audaz, su invicto pabellón.

TALCAHUANO

I

No en vano la Providencia dió a Chile el
mar por cintura, puso ante los ojos de sus hi-

jos el espectáculo de las sublimes tempestades del océano, trazó con su dedo omnipotente sus anchas ensenadas y dijo al pino que levantase al cielo sus ramas orgullosas en las fértiles comarcas de la Araucanía; la voz gigante de la naturaleza le está diciendo a cada instante que será una gran nación marítima.

Día llegará en que las naves chilenas recorran todos los mares, conduzcan a todo el mundo sus ricas producciones y hagan tremolar su bandera en todos los hemisferios.

Todos estos beneficios serán la obra de la paz y del comercio, pero ellos serán exclusivamente debidos a los esfuerzos de Cochrane y de Blanco, en Valdivia y el Callao. Sin ellos no hubiese habido patria, y por consecuencia no hubiera habido marina nacional.

Por esto queremos traer a la memoria todos los hechos gloriosos que sirvieron de ensayo a las primeras naves nacionales que Chile botó al mar adornadas con su pabellón.

Valparaíso, ciudad marítima, que debe todo

a la navegación, y que tiene la mayor parte en las glorias navales de la República, leerá con gusto estos ligeros recuerdos en que figura el almirante Blanco, que encanecido al servicio de la nación, presta hoy su inteligencia y su actividad al desarrollo de la riqueza y de la industria, después de haberlas consagrado al triunfo de la independencia americana.

II

Era una hermosa mañana del 10 de octubre de 1818. El Director O'Higgins salía en aquel momento de Valparaíso, seguido de una numerosa comitiva, y tomaba el camino de Santiago. Al subir los encumbrados cerros que coronan la ciudad echó la mirada hacia el fondo de la bahía y vió cuatro buques con la bandera chilena, que daban la vela en aquel momento. Un viento fresco de tierra henchía sus velas, y las embarcaciones se deslizaban

suavemente sobre las aguas como las blancas garzas que nadan en la superficie de los ríos.

O'Higgins contempló en silencio aquel espectáculo y al cabo de algunos momentos dijo a los que lo rodeaban:

—«Tres barquichuelos despachados por la reina Isabel dieron a la España el continente americano, y esos cuatro buques que acabamos de preparar nosotros, le arrancarán su importante presa.»

Aquellos cuatro buques eran la primera Escuadra Nacional de Chile, que iba a batir las fuerzas españolas que se suponía que habían doblado ya el Cabo y compuestas de la *María Isabel*, de 44 cañones; la *Atocha*, de 20; y el *San Fernando* de otros tantos. Además, cinco transportes con tropas y pertrechos.

La Escuadra chilena se componía del *San Martín*, la *Lautaro*, la *Chacabuco* y el *Araucano*, tripulados por más de 1,100 hombres y llevando un total de 120 cañones.

La enseña del almirante tremolaba en el na-

vío *San Martín* de 64 cañones, montado por el comandante general de la Escuadra, don Manuel Blanco Encalada, bajo cuya dirección se habían hecho todos los aprestos navales y de quien dice el señor García Reyes en su Memoria sobre la primera Escuadra Nacional, que era «un joven bizarro y ambicioso de gloria que había servido en calidad de guardiamarina hasta obtener el grado de alférez de fragata en la Armada española, y que se había labrado un mérito distinguido en las batallas de Cancha Rayada y Maipo».

III

Mientras en Valparaíso todo era incertidumbre y zozobras, la Escuadra surcaba atrevidamente las ondas del Pacífico y los marinos se adiestraban durante la travesía en las maniobras y el ejercicio del cañón.

El 28 de octubre llegó el comandante Blanco al frente de la bahía de Talcahuano, con

sólo el *San Martín* y el *Lautaro*, habiéndose separado la *Chacabuco* y el *Araucano*.

El *Atocha* y el *San Fernando* habían pasado al Callao y sólo la *María Isabel* se hallaba a la sazón en Talcahuano, protegida por las baterías de tierra, dotadas de una fuerza respetable.

El almirante Blanco se decidió desde luego a entrar al puerto a sacar la fragata, diciendo:

—«Es necesario que la Marina chilena señale la época de su nacimiento por la de su gloria».

El *San Martín* y el *Lautaro* pusieron inmediatamente la proa a la Boca Chica y al doblar la isla de la Quiriquina pudieron ver a la fragata española anclada en el puerto.

Luego que la *María Isabel* vió a los dos buques que venían sobre ella, tiró un cañonazo con pólvora, afianzando una bandera roja y como pidiendo la suya a los buques chilenos. El *San Martín* afianzó la bandera inglesa con otro cañonazo, y siguió navegando sobre la fragata con ánimo de abordarla. Esta perma-

ció algún tiempo indecisa, pero muy luego tiró un cañonazo con bala, que fué seguido por otros varios. Entónces el *San Martín* enarboló la bandera chilena. La *María Isabel* contestó esta demostración hostil dando fuego a todo su costado, pero no fiando en el resultado del combate picó sus amarras y fué a encallar a la playa.

Los buques nacionales fondearon al frente de la fragata encallada y dirigieron sobre ella toda su artillería, obligando a su tripulación a arriar bandera y abandonarla, y pocos momentos después fué abordada por 50 hombres al mando del capitán Winkinson.

Vanos fueron todos los trabajos que se hicieron para poner a flote la fragata. El viento y la marea que habían sido favorables para la entrada perjudicaba entonces a la operación que se intentaba practicar. Sin embargo, los marinos no desmayaban en su empeño. Sus trabajos se continuaban bajo los fuegos del *San Martín* y del *Lautaro* y recibiendo todo

el fuego de fusilería de las fuerzas que guarnecían la costa.

La noche los sorprendió sin que hubiesen podido adelantar nada por una y otra parte. El fuego cesó, pero realistas y patriotas empezaron a tomar nuevas disposiciones para continuar el combate en el siguiente día.

Los realistas tenían en Talcahuano, además de la artillería del Castillo, un gran número de piezas traídas de Concepción, con las cuales establecieron sus baterías sobre la costa, cruzando sus fuegos al frente de la *María Isabel* encallada.

El comandante Blanco, por su parte, echó un anclote por la popa y lo fijó en tierra, colocándose en aptitud de apagar los fuegos del castillo y de las baterías improvisadas.

Mientras tanto se continuaba en el empeño de poner a flote la fragata.

Amaneció el día 29. Todos ocupaban sus puestos, apercebidos para el combate. Inmediatamente se rompió el fuego por una y otra

parte, casi a tiro de pistola. Muy luego reconoció el general Blanco la superioridad de su artillería y renovó con más vigor sus fuegos, consiguiendo apagar los de algunas de las baterías de tierra.

Mientras duraba el fuego, se levantó una brisa del sur, y el viento de la fortuna, que había henchido las velas nacionales favoreciendo su entrada a la bahía, sopló entonces en sentido contrario favoreciendo su salida.

Eran las once de la mañana y el éxito del combate era aun dudoso, pero la brisa, transformándose entonces en fresca ventolina, azotó las velas de la fragata encallada, y con el auxilio de la tripulación se puso gallardamente a flote, dejando espantados a los realistas, mientras que los marinos nacionales celebraban su triunfo con un entusiasta ¡viva la patria! que saliendo de las embarcaciones a la vez, retumbó por toda la bahía.

La Escuadra Nacional saludó con una salva de 21 cañonazos el primer triunfo de la baa-

dera chilena, y dejó la bahía de Talcahuano, reforzada por la fragata apresada, que más tarde se llamó la *O'Higgins*.

IV

Un mes después de la salida de la Escuadra, la población de Valparaíso, agrupada a las orillas del mar, contemplaba con entusiasmo nueve velas que aparecían en el horizonte. Era la Escuadra Nacional que regresaba de su gloriosa expedición, conduciendo una fragata y tres transportes tomados al enemigo.

El almirante Blanco bajó a tierra en esta ciudad en medio de las salvas triunfales de su artillería y de las aclamaciones entusiastas de todo el pueblo.

V

El Gobierno condecoró a los vencedores de Talcahuano con un escudo de honor, en cuyo

centro se veía un tridente, orlado de palma y laurel, que llevaba esta leyenda; «*Su primer ensayo dió a Chile el dominio del Pacífico*». ¡Que este lema no se desmienta jamás! dice el historiador de las glorias marítimas de la República.

VI

Poco después del triunfo de Talcahuano llegó lord Cochrane a nuestras playas, precedido por la fama de gran marino y de un hombre entusiasta por la libertad. Había sido llamado para tomar el mando de la Escuadra chilena. Mas, como a Blanco se debía su organización y su primer triunfo, al Gobierno repugnaba arrebatarle el mando, aunque, por otra parte, anhelaba que se pusiera a su cabeza un marino tan ilustre como Cochrane. El comandante Blanco, con una abnegación que le hace honor, renunció el mando en jefe de la Escuadra, declarando «que el respeto que le inspiraba la incontestable superioridad de

aquel insigne marino, le hacía ceder gustoso su puesto y proseguir bajo sus órdenes la obra que tan gloriosamente había empezado como jefe».

El almirante Blanco repite con frecuencia que considera este acto como uno de los timbres más gloriosos de su vida pública.

CALLAO

I

Todos los que han visitado la Bolsa de Valparaíso, han admirado en ella un magnífico cuadro que representa uno de los hechos navales más atrevidos de que hacen mención los anales de la Marina. Véase en él la Escuadra española haciendo un fuego vivísimo en todas direcciones, los castillos del Callao surcando con sus balas las aguas de la bahía, uno cuantos botes tripulados que se deslizan como fantasmas por los costados de las grandes embar-

caciones, un puñado de valientes que con el hierro en la boca, se lanzan sobre ellas al abordaje, y la luz que, en medio de las sombras de la noche se proyecta sobre el centro, dan a toda aquella escena un aspecto fantástico y lleno de novedad.

Este cuadro representa la toma de la *Esmeralda* por el vicealmirante Cochrane, nombre que Valparaíso ha dado a una de sus calles y que Chile pronunciará siempre con respeto, «mientras conserve una canoa y un palo en que hacer flotar su bandera».

II

La Escuadra española estaba compuesta de la fragata *Esmeralda*, una corbeta, dos bergantines, dos goletas, tres buques mercantes armados y veinte lanchas cañoneras. Los españoles habían reconcentrado toda esta fuerza en el puerto del Callao, formando con ella una doble línea en figura semicircular, teniendo a

su frente una estacada flotante reforzada con cadenas y maderos y a su espalda el apoyo de las 200 piezas de artillería de las fortificaciones.

Esta fué la línea que lord Cochrane se propuso atacar, teniendo por principal objeto apoderarse de la fragata *Esmeralda*.

III

Resuelto Cochrane a atacar la línea española, comunicó a la tripulación la atrevida empresa que había meditado, contando con el valor de su corazón y el denuedo de sus compañeros.

Eligió 240 hombres de lo más distinguido de la Escuadra, aprestó 14 botes para el efecto y el día 1.º de Noviembre dirigió a los heroicos expedicionarios la siguiente instrucción:

«Los botes o chalupas avanzarán en dos lí-

neas paralelas, y separadas una de otra a distancia de tres botes.

«Los oficiales y soldados deberán llevar chaqueta blanca e ir armados de pistolas, sables, puñales o picas.

«Cada bote debe tener hachas afiladas que los guardas cargarán a la cintura.

«Tomándose posesión de la fragata, los marineros chilenos no harán oír las exclamaciones que tienen de costumbre, sino que, para engañar al enemigo, deberán exclamar: *¡Viva el Rey!*

«Si el vestido blanco no bastase para distinguir a los asaltadores, por la obscuridad de la noche, las palabras de orden y contraseña serán *Gloria*, que se responderá por *Victoria*.»

Los siguientes días se consagraron todos al apresto de la flotilla que debía atacar la línea, penetrando durante la noche por un boquerón que los españoles habían dejado en la estacada flotante.

Tal era el plan del vicealmirante Cochrane.

IV

En la noche del 4 de noviembre de 1820 la flotilla, compuesta de 14 botes, se ejercitó en las maniobras que debía practicar.

El día 5, Cochrane, para burlar la vigilancia de los españoles, hizo salir de la bahía dos de sus buques, mientras que toda la gente destinada a la expedición estaba reunida en la *O'Higgins*.

A las diez y media de la noche emprendieron su marcha formadas en dos líneas paralelas, llevando por jefe de la primera al capitán Crosbie, de la segunda al capitán Guise, y a la cabeza de ambas al vicealmirante Cochrane.

La noche era obscurísima y los botes se deslizaban como sombras silenciosas por sobre la superficie de las aguas.

A las doce de la noche se halló la flotilla encima de la primera línea española, formada

por las veinte lanchas cañoneras. El centinela que estaba en la primera de ellas, gritó:

—¿Quién vive?

—¡Silencio o mueres! fué la contestación de Cochrane, y allanando aquel primer obstáculo prosiguió adelante.

Las dos líneas de botes formaron entonces dos divisiones y se adelantaron sobre la *Esmeralda*, tomando Cochrane con los de la *O'Higgins* el lado de estribor, y Guise con los de la *Independencia* y el *Lautaro* el de babor. Muy luego se hallaron a su costado; Cochrane, seguido de su tripulación, se lanzó por el pasavente y el centinela español que se hallaba allí quedó muerto a sus pies. Al mismo tiempo Guise asaltaba la fragata por el lado opuesto. Los de estribor gritaron ¡Gloria! y los de babor contestaron ¡Victoria! Los asaltadores de una y otra línea se encontraron entonces reunidos en el castillo y Cochrane y Guise se dieron allí las manos.

La tripulación de la *Esmeralda*, sorprendi-

da, se replegó sobre el castillo de proa, y desde allí organizó su resistencia, haciendo un vivo fuego de fusilería y rechazando los asaltos de arma blanca.

Hacia un cuarto de hora que duraba la refriega; el puente de la fragata estaba cubierto de cadáveres; los pies de los combatientes resbalaban en la sangre. Un riguroso esfuerzo de parte de los patriotas decidió la victoria a su favor, y quedaron dueños de la fragata.

Habiéndose extendido la alarma a los demás buques y hallándose herido Cochrane, no era posible ya atacar el resto de la línea, por lo cual el capitán Guise mandó picar los cables de la *Esmeralda* y la fragata empezó a navegar marinada por los patriotas.

En aquel momento los buques y los castillos rompieron un terrible fuego de artillería iluminando la bahía con sus vivos resplandores. A pesar de todo, la *Esmeralda* salió del fondeadero y a las dos y media de la mañana

había echado el ancla fuera de tiro del cañón enemigo.

V

Los dos ilustres marinos que figuran en estos breves *Recuerdos Marítimos* son actualmente, el uno conde de Dundonald, residente Inglaterra, el otro el intendente de Valparaíso y comandante general de la Escuadra Nacional.

En el año pasado, en este día mismo, decía *El Mercurio*: «No há mucho, después de treinta años de estos sucesos, se han dado en Europa el abrazo de despedida los dos amigos, lord Cochrane y el almirante Blanco».

BAILE EN HONOR DEL GENERAL BLANCO

(PUBLICADO EN «EL MERCURIO» EL 7 DE OCTUBRE
DE 1852)

Todo lo que hay de elegante y escogido en la sociedad de Valparaíso se había dado cita antenoche en el salón del teatro, perfectamente adornado y alumbrado por mil luces que realzaban el brillo de la reunión, y hacían sobresalir el mérito y los atractivos de la belleza.

Las señoras de Valparaíso han hecho una obra digna de su reputación y de su buen gusto. El espacioso salón parecía haberse construído a propósito para el objeto en que esa

noche ha sido ocupado, y los tapices de terciopelo, o de transparente gasa que cubrían los órdenes de palcos y galería, asemejaban el golpe de vista a una de esas fantasías de la imaginación que sólo se concibe sintiéndolas, y que dejan por mucho tiempo el recuerdo y la vibración de las impresiones recibidas.

En la testera del salón se veía un hermoso trofeo sobre el cual se había colocado el retrato del General Blanco, cuyos servicios habían merecido esta espléndida manifestación de la gratitud de un pueblo.

Entre los tapices con que habían sido cubiertos los palcos y la galería, se leía al rededor del salón el nombre de *Manuel Blanco* en letras de flores.

El baile dió principio a las diez de la noche, hora en que media docena de señoritas tuvieron la complacencia de cantar un himno compuesto expresamente en honor del General Blanco.

Eran los ecos de la gloria que arrullaban

una cabeza encanecida en los combates y en servicio de la patria, como la más honrosa recompensa a que deben aspirar los héroes.

Las cuadrillas, el vals, la polka, el schottish vinieron en seguida a comunicar a la concurrencia ese movimiento fantástico del baile, que se presenta bajo formas variadas y caprichosas, en ondulaciones acompasadas por la música y armoniosas por el arte.

Doscientas parejas de baile danzaban a la vez en aquel salón que asemejaba a ese torbellino de ilusiones que hacen la felicidad de la juventud y de la belleza.

El baile continuó sin interrupción hasta las dos de la mañana, hora en que el salón del tercer piso permitió la entrada de la concurrencia en un magnífico ambigú diestramente preparado.

El general Blanco ocupaba una de las mesas que había en el salón, acompañado de varias señoras y caballeros, y teniendo a su lado

a la Presidenta de la Comisión que había organizado y dirigido el baile.

La señora doña Petrona C. de Lamarca, con una entereza y un aplomo extraordinarios, con una voz segura y digna, pidió la palabra y pronunció con la expresión de las señoras de Valparaíso a quienes representaba en ese momento, el siguiente brindis que nos hacemos un honor de reproducir íntegro:

«Señor:

«Es demasiado común para los hombres célebres obtener ovaciones populares; pero estas no son siempre la expresión de la justicia consagrada al mérito.

«Hemos visto con frecuencia a los ídolos de los pueblos glorificarlos en la víspera para derrocarlos al día siguiente. En la dilatada carrera del señor general Blanco, ¡cuántas veces esos laureles obtenidos por los más brillantes

servicios han sido marchitos, por la ingratitud de los hombres!

«Las señoras de Valparaíso que dedican esta ovación al señor Almirante, han querido distinguir este acto sacándolo del orden vulgar para presentar a Su Señoría la pura expresión del corazón, dándole un testimonio especial que acredite la bien merecida estimación con que saben apreciar los importantes servicios que ha hecho al pueblo de su predilección.

«No puede ser más agradable mi satisfacción, porque tengo el honor de representar la gratitud y el honor de mis compañeras; pero viene a turbar este placer la idea de una despedida, cuando nuestro deseo es retener entre nosotros al señor general Blanco para siempre!»

Numerosos y entusiastas aplausos coronaron el brindis de la señora Lamarca, en que había manifestado de una manera tan sencilla, completa y elocuente la expresión del sentimiento de sus dignas compañeras.

El general Blanco estaba conmovido. La gratitud que le expresaba en ese instante un pueblo entero que había sido testigo muchas veces de sus sacrificios por el bien público, y de sus hazañas en el peligro de la patria, eran un motivo harto justificado para conmover un corazón generoso y apasionado como el suyo.

He aquí su contestación:

«Señoras:

«El homenaje que habéis querido ofrecerme como señal postrera del aprecio de este pueblo, es una corona cívica digna de ceñir las sienes de un Bolívar o de un San Martín, mis ilustres amigos.

«La acepto, pero rendido bajo el peso de tanto honor.

«Creedme, señoras, ninguna manifestación habría sido más halagüeña a mi corazón.

«Vosotras sois el alma de este brillante pueblo; y este testimonio delicado y espléndido

tiene para mí el altísimo precio de la sinceridad.

«Las manifestaciones de vuestro sexo revelan siempre las secretas simpatías de la sociedad; y al darme vosotras un testimonio tan alto de adhesión, él solo habría bastado para probarme las afecciones de Valparaíso a mi persona.

«Cualquiera que sea en adelante el destino de mi vida, jamás ni nada podrá borrar de mi corazón la memoria de este pueblo, cuyas últimas horas son tan dulces para mí. A vosotras os las debo; y no hallo palabras con que expresaros mi gratitud en estos momentos, los más hermosos de mi existencia, sino pidiendo al cielo conceda a vuestros hijos virtudes dignas de la felicidad que experimento, y que me hace recordar la que en circunstancias análogas hizo exclamar al célebre Voltaire: *«Queréis hacerme morir de placer!»*

El brindis del general Blanco obtuvo numerosos y entusiastas aplausos. Su voz medio

entrecortada por el sentimiento, daba un doble interés a sus palabras, y como él, estaban también conmovidas las que le escuchaban. Hablaba con el corazón.

El ambigú fué espléndidamente servido otras dos veces para las señoras que no cupieron entre las primeras y para los hombres.

El baile continuaba sin cesar mientras tanto, y la música redoblaba sus esfuerzos derramando en el espacioso salón los placeres de la armonía y del sentimiento.

Duró hasta cerca de las seis de la mañana, hora en que la aurora principiaba a debilitar el brillo de las lámparas que ardian en el gran salón, y en que la concurrencia se retiraba encantada y satisfecha de la noche.

Elegancia, belleza, entusiasmo, buen tono, compostura y amable familiaridad: he aquí los caracteres que en la memoria de Valparaíso tendrá siempre el recuerdo de ayer.

Las señoras han debido quedar satisfechas y altamente complacidas de su obra, y el Ge-

neral Blanco recibir por medio de las manifestaciones de anoche la gratitud de todo el pueblo, gratitud tanto más sincera y estimable, cuanto que ni el interés ni la adulación han podido mezclarse en la ternura de un abrazo de despedida.

He aquí el himno que fué cantado por las señoritas en honor del General Blanco:

Las señoras de Valparaíso
al General Blanco

CANCIÓN

CORO

*Sobre la sien modesta
Del héroe de la paz
Ciñamos la corona
De la inmortalidad.*

Apenas alzó Chile
Su tricolor de gloria,
Corriste a la victoria

De santa libertad;
Y la española flota
Rendida en Talcahuano
Del triunfo americano
Fué la primer señal.

Sobre la sien, etc.

Cuando afianzó la patria
Su libertad querida
Y comenzó la vida
De la fecunda paz;
Tu genio que recibe
La inspiración de Europa,
Como piloto en popa
Rumbo marcando va.

Sobre la sien, etc.

Y esta ciudad guiada
Por tu feliz estrella,
Transfórmase en la bella
Venecia de esta mar;
Lanzándose, a tu impulso,
Su espíritu de empresa,

Todo a la par progresa,
Comercio y libertad.

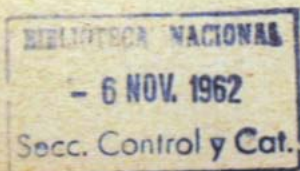
Sobre la sien, etc.

Ya partes!... Mas tu genio
De vida y movimiento
Nos deja un monumento:
La vía del Vapor!
Así, con nobles hechos
Dos eras grandes ligas,
Y en coro tus amigas
Te dan un triste Adiós!

CORO

*Sobre la sien modesta
Del héroe de la paz
Cñamos la corona
De la inmortalidad.*

BIBLIOTECA NACIONAL
SECCION CHILENA



ÍNDICE

	PÁGS.
Vida del Vicealmirante don Manuel Blanco Encalada.....	5
Breves apuntes para escribir la biografía del almirante D. Manuel Blanco Encalada.....	69
Don Manuel Blanco Encalada.....	81
Carta del almirante Blanco al Director O'Higgins después de la captura de la «María Isabel».....	105
Contestación del vicealmirante Blanco Encalada a la vindicación apologética del capitán Wooster.	109
Documentos	131
Blanco y Cochrane.....	143
Baile en honor del general Blanco.....	163
Las señoras de Valparaíso al general Blanco.....	171

En 1846 a un lado de los de Valtarnino.

En 1853 a un lado de un sitio pleistocénico de Chile en Francia. Tomado en un mapa de 1858. -
El nombre a Chile fue elegido después

De la hija Teresa Blanco que se casó en París, nieto representado en un retrato, en D. Oes Selenensis, "planta nueva de Copiapo". Comentario regio que tuvo por padrina al Emperador Napoleón III y a su esposa Eugenia de Saxe-Coburgo. He un d. en Seldade de un tiempo.

Enrique Vallanil Cuelas - "Blanco Inalada." - 1920

Oes Selenensis: descubierto y reportado de clausillo alemán en París "El Cude de un tiempo" fue la fuente de su nombre. - pag 647 Dic. Biografía. -

Illeg. Charonilla

Two Tulem cacti for a 1850 admittance of a land
to Charonilla.

Illeg. Tulem (1857) No. 111. Celeria
1857 111 111. Celeria

EDICIONES de "REVISTA CHILENA"

AUGUSTO ORREGO LUCO

Retratos

Precio: \$ 5. Provincias: \$ 5.50

BENJAMIN VICUÑA MACKENNA

El Almirante

Don Manuel Blanco Encalada

Precio: \$ 2. Provincias: \$ 2.40

PRÓXIMAMENTE:

JOAQUIN DIAZ GARCÉS

Páginas de Angel Pino

Los suscriptores de REVISTA CHILENA pueden adquirir estos libros con un descuento de 20%, en Santiago, en la oficina de la Revista (Bandera 130, interior, abierta de 3 a 6 P. M.), y en provincias enviando un giro postal a la orden del Director (Santiago, Correo Central, Casilla 1672).